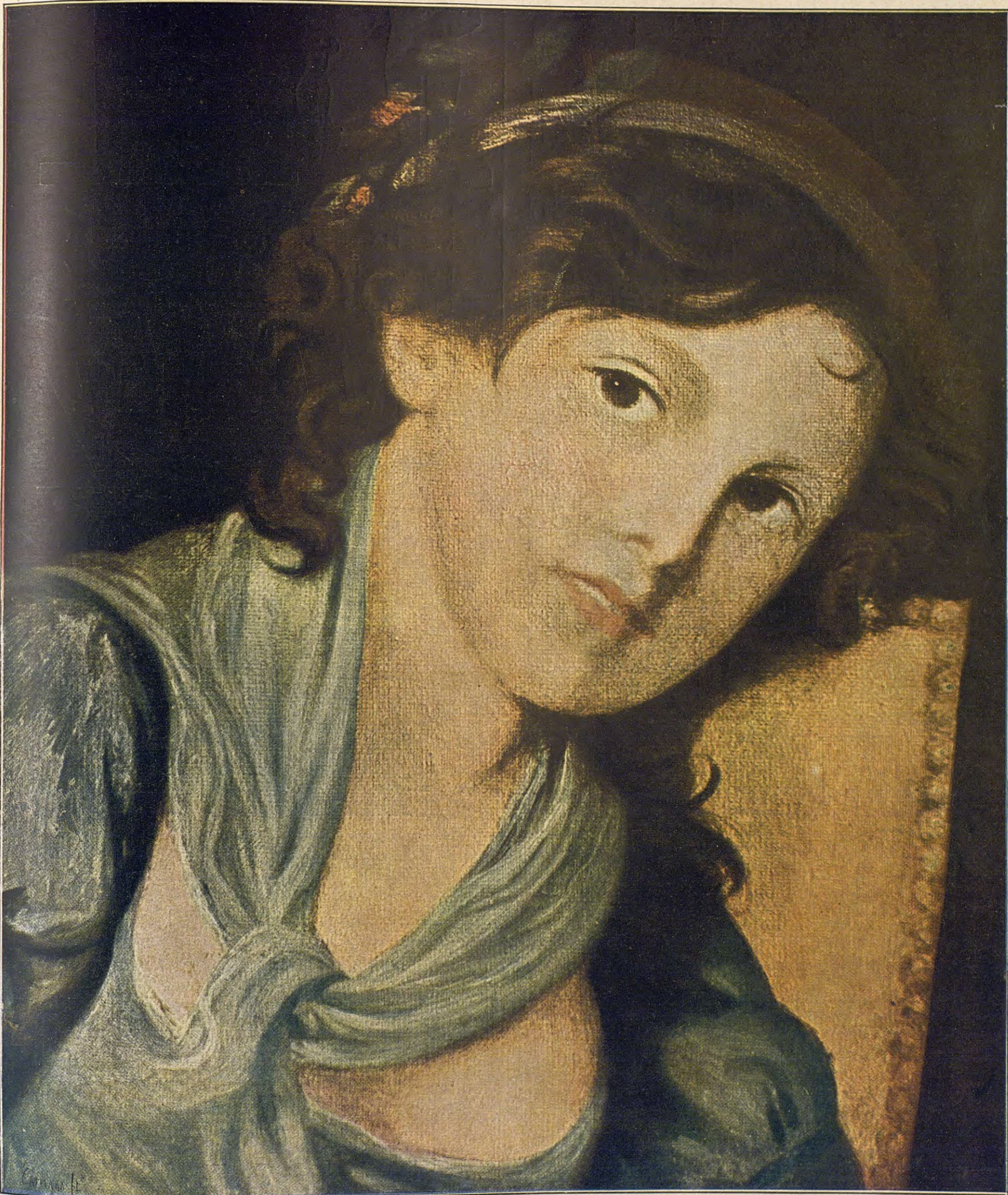


La Esfera

Año V  Núm. 222

Precio: 60 cénts.



INOCENCIA, cuadro de Juan Bautista Greuze, que se conserva en la "Alte Pinakothek", de Múnich

Una de las Delicias de la Vida

es la exquisita sensación de bienestar
y frescura producida en los cutis
irritables por la

"Nieve" ("HAZELINE"
SNOW "TRADE
MARK")

(Marca de Fábrica)

'Hazeline'

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera
una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline'.

Sp.P. 1331

All Rights Reserved

En todas las
Farmacias y
Droguerías



Burroughs
Wellcome & Co.
London

RAMOS

Último: modelos en
postizos fantasía. La-
vado y ondulación
Marcel en casa y a
domicilio. Teléfono
3.513.

Huertas, 7, Madrid



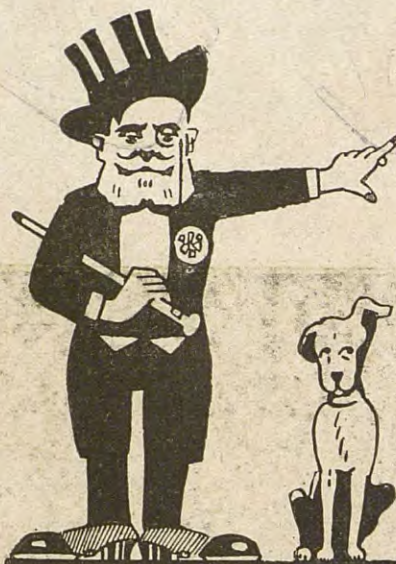
Hasta en la esfera celeste
la diosa Venus procura
eternizar sus encantos
con productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. —
Agua citrónica, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14
pescetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS. — BARCELONA 11

ANGEL BARRIOS
DENTISTA Diplomado
en Filadelfia.
Dent. artificial, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75

USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA



LA EXPERIENCIA DE MUCHOS AÑOS
ME HA DEMOSTRADO HASTA LA
EVIDENCIA QUE EL ÚNICO TÓNICO Y
DIGESTIVO VERDADERAMENTE EFI-
CAZ ES EL

XEREZ-QUINA RUIZ

DE FÉLIX RUIZ Y RUIZ, JEREZ

UNDERWOOD



Campeón
de las

Máquinas de escribir

G. TRÜNIGER Y C.^o

Balmes, 7, Barcelona.

Alcalá, 39, Madrid.

CASA SUIZA

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

ELIXIR ESTOMACAL

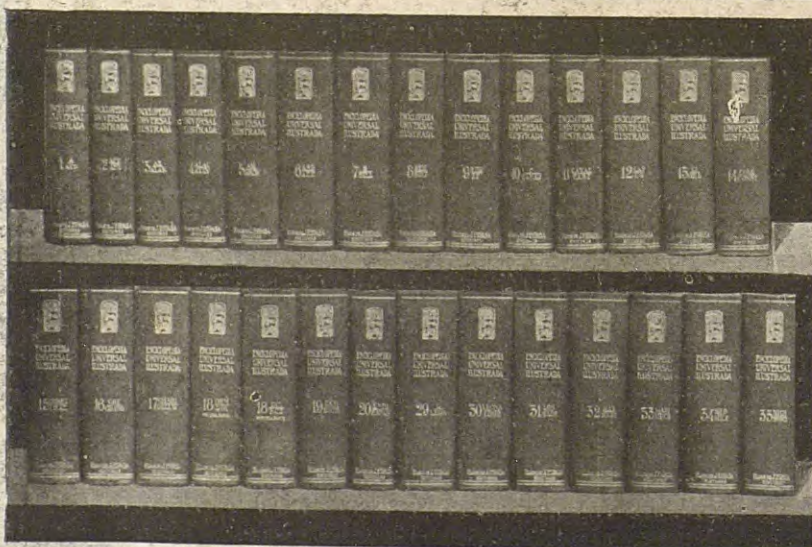
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É
INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida.



"ENCICLOPEDIA ESPASA"



EL SALVADOR

Tabla anónima, existente en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA LETRAS HISPANO-AMERICANAS

La raza, el idioma, las tradiciones comunes habían de hacer de la literatura americana una rama de la peninsular. Hija la civilización americana de la española, cuando brillaba ésta con todo su impetuoso poderío, por grande que haya sido su renovamiento y avances en nuevas tierras y en nuevos tiempos, queda subsistente el candente hierro de su influjo en la vida intelectual de la América hispana. De aquí que su literatura sólo pueda dejar de ser española para ser americana; es decir, española de América. Cuando se ha pretendido extranjerizarla, é inspirarse en lo francés, en lo italiano, en lo inglés, la hemos visto perder su brío y quedar descolorida y transitoria, apenas nacida, cuando ya sepultada en el olvido. Sirva de ejemplo el movimiento modernista, allá en la última década del pasado siglo. Cuando los escritores de América no han querido ser españoles ni americanos, no han merecido pasar, en verdad, de la categoría de *scriptores minimi*. Y no se traiga á colación el caso de Rubén Darío, porque, para mí, lo permanente y definitivo de su labor poética no son sus arranques de la primera ó segunda etapa, por grande que haya venido á ser, de otra parte, y temporalmente, el influjo de *Azul*, sino aquellos otros soberbios arranques en que, sintiéndose español ó americano, canta con el alma de su raza, y no con postiza inspiración pagana ó versallesca.

Cuando en América se ha hecho poesía sinceramente nacional es cuando más española ha resultado; de toda su literatura, quizá no haya y, sin quizá, no hay producción más genuinamente criolla, por lo popular y costumbrista, que el *Martin Fierro*, ni más hispánica, tampoco, porque aquellos gauchos, fieros, tristes, románticos, son españoles caldeados por el sol del Nuevo Mundo que, en vez de tener por escenario las llanuras extremeñas ó andaluzas, tienen la pampa argentina, siendo hasta sus cantares el claro eco del mediodía peninsular.

Por otra parte, así como la vida social, las costumbres políticas, los ideales colectivos no brotaron en América de milagro al siguiente día de su independencia, sino que tienen sus raigambres bien metidas en la vida colonial, así hay allí una respetable tradición literaria, en la que se formaron los grandes escritores de la independencia. «Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sud-americana hasta fines del pasado siglo—escribe, refiriéndose al xviii, el crítico argentino J. M. Gutiérrez—, no podrá menos de confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos, ni mayor número de hombres estudiosos, que la española en el Nuevo Mundo. Sólo la Compañía de Jesús cuenta en él muchos más de doscientos, entre profesores y predicadores, filólogos é historiadores, brillante entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velasco y los argentinos Iturrí, Juárez, Morales, Suárez, etcétera, etc., cuyas obras corren traducidas á varias lenguas cultas de Europa.»

En todo el siglo xix, y en lo que va del presente, la literatura española y americana han seguido curso paralelo; á los acentos verdaderamente épicos de la lira de Quintana y Juan Nicasio Gallego responden aquí Olmedo y los poetas del primer tercio de aquella centuria; por las puertas de España, y al influjo de sus literatos y traductores, entra aquí el romanticismo europeo; el modernismo, simultáneo es aquí y allá; y hasta en los últimos años, cuando algunos españoles esclarecidos—*Azorín* por delante—comienzan á volver los ojos y el alma hacia nuestras propias tradiciones literarias, y el modernismo va de capa caída, opérase en América un movimiento análogo: el criollismo. Una circunstancia muy particular ha de notarse, sin embargo, y es que mientras el siglo xix es en España, de modo general en Europa, siglo por excelencia de la novela, apenas si ha florecido ésta en las antiguas colonias. Todos los grandes nombres de acá lo son de poetas. Ahora es cuando vemos descollar estimables novelistas americanos. La leyenda histórica, tan característica del romanticismo, no tenía campo apropiado en América, porque ni las tradiciones indias podían prestar calor á la nueva raza, más hispánica

que indígena; ni los hechos de la conquista, demasiado cercanos para dar pasto á la leyenda; ni las grandes ruinas, por no haberlas, ni los templos góticos, ni los castillos feudales; ni los recuerdos caballerescos. Todo lo que constituía el fondo, asunto y sabor de la leyenda histórica, faltaba aquí. Mas por lo que el romanticismo, en general, tenía de individualismo lírico, de protesta contra los ceñidos cánones del neoclasicismo, de movimiento libertador, fué acogido con tanto fervor en América.

Con la publicación de *Azul*, de Rubén Darío, en 1888, el modernismo, ya iniciado por otros poetas, se extiende y domina en todo el parnaso hispano-americano. Cual orientación novel para

hombres nuevos y nuevos pueblos, libre de imitaciones de clásicos y de románticos, en ninguna tierra mejor plantado, ni más propio, que en la joven América. Mas á este modernismo faltábale la cualidad que nos parece esencial en la literatura americana, si ésta ha de llegar á ser, y ya lo empieza con el criollismo, genuinamente americana: el sentimiento de la Naturaleza. Por eso, y porque ha tenido acá el modernismo todo lo malo del francés, tristeza, sensualidad, artificio, y lo menos valioso del clasicismo, el culto de la forma, amén de iclonocacia en las ideas y anarquismo métrico de su propia cosecha, tal planta de importación estaba condenada á morir, y por muerta y bien enterrada puede dársele á la hora presente. Tiempo atrás, en 1904, hablaba ya Rubén Darío de «las parodias de corrupción estética que infestan algunos de nuestros rincones literarios, verlenianismo por fuerza, sibilismo de importación, porque así se hace ahora; cosas que á muchos parecen nuevas, y que ya son, en verdad, muy viejas».

La carencia de verdaderos ideales artísticos ha sido la causa de que haya imperado acá y en nuestra España toda esa poesía modernista, de desenterradas paganías y gorjeos versallescos, aceitada poesía de torre de marfil, tan pulidita y empalagosa que, cuando más, nos habla al oído, pero jamás al alma. Y la América española, donde lo que hacía falta eran intérpretes del sentir, del vivir americano, intérpretes de su naturaleza y de sus aspiraciones colectivas, se llena de modernistas que, despreciando en la técnica *l'usata poesia*, grita á voz en cuello el *jodi profanum vulgus* del gentil Horacio. Se obstinan los buenos hombres en encerrarse en su torre de marfil, en su «alcázar interior», y cierran los ojos y la inspiración ante las sublimes bellezas del suelo americano. Y porque no ha sido aquí el poeta intérprete y custodiador de la Naturaleza, como lo quiere Schiller, ni la literatura en general reflejo de tipos, costumbres é ideas y aspiraciones comunes, su influencia en la vida americana es nula. Que la misión de la literatura, sobremanera en países nacientes, no es sólo deleitar, sino orientar, es cosa sabida de todos, menos los modernistas. Si ellos no han querido entender á su pueblo, éste tampoco les ha escuchado; á la gente del oficio se le puede encandilar, á veces, por el oído; al pueblo, no. «Merezca cada cual la estimación por sí—semeja opinar con Gracián—, no por soborno del gusto.» En vez de seguir, cuando menos, el ejemplo de los grandes vates de la primera mitad del pasado siglo, de los Bellos, los Olmedos, los Heredias, los Echeverría, los Andrades, é inspirarse en la pródiga y hermosa Naturaleza, en la Historia, temas y costumbres patrias, se afancesan en el pensamiento, estilo y lenguaje, se amartelan y engatusan con su París de su alma, y dejan tras de sí un sonoro vacío. «Un pensador, un filósofo, un sociólogo—ha dicho Guerra Junqueiro—, puede no ser patriota; pero un poeta, si no siente lo que en derredor tiene, lo concreto y vivo, con mayor fuerza que lo lejano y abstracto, será cualquier otra cosa, pero no poeta.»

Por fortuna, llevan las cosas nuevo rumbo. Al subjetivismo excesivo, al desconcierto espiritual y pesimismo modernistas, están reemplazando el objetivismo, el optimismo y la definida orientación de la literatura criolla, la cual sólo conserva del modernismo su libre técnica. Es ahora cuando los escritores principian á ver y sentir como hijos de América. En rigor, á la actual juventud cábele el honor de inaugurar la literatura propiamente americana. Los maestros del pasado, Bello, Gorostiza, Olmedo, Mármol, Arboleda, fueron en el fondo, ó españoles, ó clásicos, pero no americanos. Los modernistas no fueron ni lo uno ni lo otro. El americanismo, como movimiento casi unánime, es tan reciente, que data de ayer mañana, apenas una docena de años. Leguizamón, Lugones, Blanco-Fombona, Ugarte, Chocano, Payró, Urbaneja, figuran á la vanguardia. El Arte empieza á ser acá lo que pedía Zola: la realidad vista á través de un temperamento.

M. ROMERA-NAVARRO

Filadelfia, Diciembre 1917



Canción del día

*Hermanos en belleza
y hermanos en verdad:
¡nos rodea la noche, y en la noche
tenemos que cantar!*

*Aceptemos el reto de los bárbaros
sin ley y sin piedad:
contra el hierro del bárbaro, el diamante
de la idea inmortal.*

*¿Los pueblos sin amor, enloquecidos
y á los sonos de música marcial,
se arrojan en la triste encrucijada
donde sólo la tumba encontrarán?*

*¿Sin fe, sin esperanza, sin consuelo
—residuos del impávido volcán—
quedan niños y madres sobre el mundo
convertido en erial?*

*¿La tierra está cubierta de cadáveres?
¿Sigue, recio, soplando el huracán?
¿Están los horizontes incendiados?
¿No se advierte una tabla sobre el mar?*

*Levantemos las frentes como torres
en medio de la vasta soledad;
horademos con luz de pensamiento
la montaña del mal.*

*Contra las sombras del error alcemos
nuestra alta verdad.
Mientras brille una chispa en ese faro,
contra el viento y las olas: ¡a bogar!*

Alberto GHIRALDO

= FIGURAS =
DEL MUSEO

DOMINGO TIÉPOLO



"La crucifixión"



"El descendimiento"

(Cuadros de Domingo Tiepolo)

Poco menos que inadvertidas permanecen para el visitante de nuestro Museo del Prado las obras de Juan Dominico Tiepolo, el hijo mayor de aquel enorme artista que recibió y esparció los postreros fulgores de la pintura veneciana.

Son, sin embargo, en mayor número que las del padre, á quien ayudó en los famosos frescos del Palacio Real.

De Juan Bautista Tiepolo sólo tenemos, en el Museo Nacional, *La Concepción* y *La Eucaristía*, que pintó para el convento de San Pascual, en Aranjuez, y el boceto de techo titulado *El carro de Venus*.

En cambio, de Dominico Tiepolo existe una serie de ocho cuadros referentes á la pasión y muerte de Jesucristo, y pintados para la iglesia del convento de San Felipe Neri, de la cual se trasladaron al Museo de la Trinidad en 1836.

Domingo, como su hermano Lorenzo, giraron en la órbita luminosa de Giambattista Tiepolo, de quien Corrado Ricci dice estas emocionadas palabras:

«Así la llama de su pintura ilumina los días extremos de Venecia, decaída ya, como si consolara su noble orgullo con un rayo último. Muere brillando, y el destino de su patria parece extinguir con él sus latidos. Después de él todo es decadencias, soledad, algas marinas sobre las escalinatas, grises líquenes manchando las estatuas y los muros, y, como exclama Alfredo Meissner, van rumores, sollozos y gemidos buscando el eco de los mares; pero «las imágenes viven siempre, y los palacios fulguran como gigantescos y argenteos navíos enarbolados de actos heroicos...»

Peligrosa era la

ruta esplendorosa del maestro, y, no obstante, por ella se aventuraron los antiguos discípulos de Piazzeta, José Angeli, Bencovich, Dominico Maggiotto, Marieschi da Chioggia, Palazzo, y los que desde el primer instante buscaron su trayectoria espiritual y técnica, como Fabio y Juan Bautista Canal, Juan Bautista Crosato, Fontebasso, Jacobo Marieschi, Jacobo Guarana.

Pero habían de ser sus hijos los verdaderos continuadores—aunque sin el genio de Juan Bautista—de la pintura radiante y ampulosa. Sobre todo Dominico, algunas de cuyas obras se confundieron con las de su padre, mientras Lorenzo se dedicaba preferentemente al arte del grabado.

Los ocho lienzos de Domingo Tiepolo existentes en el Museo del Prado son ricos en colorido, armónicos de composición, y resplandece en

ellos más humano dramatismo que en las alegorías pomposas de los frescos en que ayudó á su padre ó realizó por su propia cuenta.

Titulase el primero *Oración y agonía de Jesús en el Monte de los Olivos*, y siendo el menos importante de todos, tiene la dulzura simbólica de la intervención sobrenatural: ángel descendiendo del cielo con el cáliz de la pasión para reconfortar á Cristo, interpretado con un verdadero sentimiento.

Vemos en el segundo cuadro á Cristo atado á la columna, soportando las befas, insultos y golpes de los tres judíos en presencia del pueblo, pintorescamente agrupado. Hay en este lienzo hábil reparto de luces y una gran diversidad de expresiones en los rostros.

Idénticas cualidades pueden observarse y admirarse en la *Caída de Cristo con la cruz á cuestas*, *Jesús despojado de sus vestiduras*, *La crucifixión* y *El descendimiento*; pero del conjunto se destacan *La corona de espinas* y *El enterramiento*.

En *La corona de espinas* la escena es de un relieve fuerte y agresivo. Contrasta con las figuras de primer término la serenidad del fondo, donde se insinúa un arco romano y un monumento á Tiberio.

En *El enterramiento* vemos á José de Arimatea, Nicodemo y otro discípulo acompañados de las santas mujeres, depositando piadosamente el cadáver de Jesús en el sepulcro. Como en *La oración y agonía*, el cielo envía emisarios angélicos á intervenir en el humano drama divino.

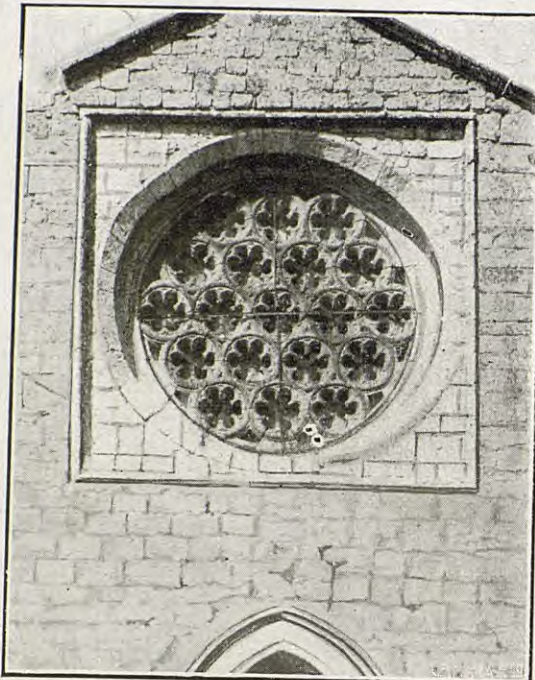
Ofrece, además, este último lienzo el interés de ser el único firmado. Sobre el sepulcro se lee claramente: *Ovra de Don Domingo Tiepolo, anno 1772*.



"El expolio", cuadro de Juan Domingo Tiepolo, que se conserva en el museo del Prado



La iglesia de Alarcos



Claraboya de la iglesia



Interior de la iglesia

DE NUESTRA ESPAÑA HEROICA

Alarcos, el "Valle de sangre"

El reto era arrogante, digno de las hazañas de nuestros caballeros andantes; rebosaba la entereza y la intrepidez de nuestra sangre española. «Puesto que no puedes venir contra mí, envíame barcos y saetas, que yo pasaré con ellos y con mi ejército adonde estás, y pelearé contigo en tu misma tierra.»

Esto escribió Alfonso VIII, con magnífico y soberbio arranque, al poderoso emperador de los almohades, Jacob ben Jusef Almanzor, que se hallaba en Marruecos; y el desafío del intrépido rey de Castilla fué contestado en el acto, reuniendo Almanzor un ejército de cien mil guerreros, en el que fueron alistados «los mozos y viejos de todas las edades, los moradores de los valles profundos y de los altos montes y de las más apartadas regiones». Aquel ejército, el más formidable que ha invadido España, desembarcó en Algeciras y avanzó en dirección de Toledo, donde se hallaba Alfonso VIII, y el futuro vencedor de las Navas de Tolosa, al tener noticia de las colosales fuerzas que venían a ofrecerle batalla, solicitó el auxilio de los reyes de León, Navarra, Aragón y Portugal.

Pero el auxilio pedido no llegaba, y con un ejército pequeño que los propios árabes, aficionados á fantasear, y más tratándose de enemigos, evaluaron en 300.000 hombres, salió de Toledo; fué sorprendido por las fuerzas de Almanzor cerca de Alarcos, y, loco ó arrogante, no quiso huir, y aceptó la desigual batalla.

Avisado Jacob Almanzor de que la victoria se ha decidido por él, avanza con sus banderas, sus atambores y sus huestes escogidas hacia el sitio donde Alfonso VIII, con los caballeros que le restan, pelea lleno de desesperación. Pero el rey castellano, al ver acercarse aquel nuevo ejército, y enterado por los gritos de los moros de que quien viene contra él es el propio emperador almohade, huye, temiendo caer vivo en poder de su enemigo y soñando con el desquite que el tiempo hubo de ofrecerle en las Navas de Tolosa.

Veinte mil cristianos perecieron en el combate y en la persecución, y sus cadáveres cubrieron por completo los campos de Alarcos. Todavía sedientos de sangre los vencedores, penetran por una puerta del castillo en busca del rey Alfonso, asaltando la fortaleza, quemando las puertas, matando á los que las defen-

dían, y, furiosos al no encontrar dentro al rey cristiano, que ha huído por otra puerta, se entregan á nuevas matanzas y saqueos, hacen prisioneros á cuantos moradores hallan en la ciudad y prenden fuego á Alarcos, haciéndolo desaparecer para siempre.

Más generoso que sus guerreros, Almanzor deja libres á los veinte mil cautivos hechos aquel día, casi todos mujeres, niños y vecinos pacíficos; pero el rasgo disgusta grandemente á los moros, que lo consideran una extravagancia caballeresca del rey, y éste, en la hora de su muerte, se arrepiente de aquel rasgo humano.

La Giralda de Sevilla conmemora aquella famosa victoria.

La mandó construir Almanzor en recuerdo del triunfo de las armas mahometanas.

ooo

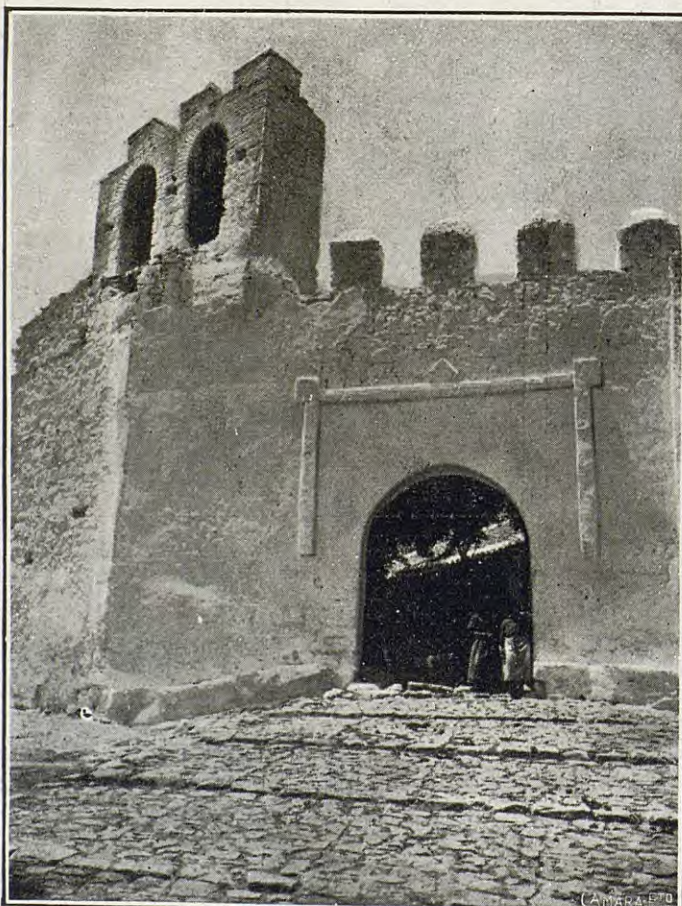
¿Qué queda hoy de Alarcos, teatro de aquella epopeya admirable en medio de nuestra derrota? A una legua de Ciudad Real, en las llanuras cubiertas de viñas y olivares, entre los que se desliza, manso, el Guadiana, álzase un cerro, en cuya cumbre, de áspera subida, halla el viajero un blanco muro almenado con restos de torreón, una puerta que en otros tiempos debió de ser de herradura, con una faja de oriental tracería, y dentro del recinto murado una pequeña iglesia concluida después de la reconquista de la plaza, probablemente en las postrimerías del siglo XIII.

He aquí, en este piadoso monumento y en este cerro, todo lo que queda de la antigua ciudad de la Oretania, conocida con el nombre de *Laccuris*, y con el de *Alarcus* en la Edad Media, de la ciudad histórica cedida por Benabét, rey de Castilla, á su yerno Alfonso VI, como dote de su hija, ganada nuevamente por Alfonso VII y repoblada, en 1178, por Alfonso VIII, á quien, diez y siete años después, estuvo á punto de servirle de tumba. Recobrada por los vencedores de las Navas, no lograron ya levantarla de su abatimiento.

Alrededor de la colina asoman á flor de tierra cimientos de casas, y la reja del arado arranca muchas veces férreas puntas de flecha de las que sin duda sirvieron para cubrir de cadáveres cristianos aquel *Valle de sangre*, en el que hallaron sepultura veinte mil soldados de Castilla.

La tradición supone que la iglesia fué respetada por el victorioso califa, en medio del general asolamiento de 1195; pero, en opinión de algunos investigadores, más bien parece construida en el siglo XIII, después de recobrada Alarcos. Su estilo de transición lo caracterizan las anchas ojivas, los bajos pilares, las columnas bizantinas de los arcos de comunicación entre las reducidas naves del templo, los capiteles de su cobertizo y las sencillas molduras que orlan las puertas.

Y, entre esta humildad, destácase una bellísima claraboya de calados rosetones, engastada como una piedra preciosa en el tosco muro de la fachada...



Alarcos.—Entrada del recinto

FOTS. M. FERNÁNDEZ

MIGUEL MEDINA

LA ESFERA
ESCUELA FRANCESA
LOS MÁS BELLOS CUADROS DEL MUSEO DEL LOUVRE



“La lechera”, por Greuze

Juan Bautista Greuze (1725-1805) fue, por decirlo así, el pintor de la virtud y del recato, en una época en que las galantes frivolidades de Boucher y de Fragonard habían prestado al arte una visión de Carnaval: algo así como una vida ficticia, encerrada entre las decoraciones de un teatro, y sin más luz que la de los fuegos de Bengala. En las críticas de sus «Salones», Diderot titula a Greuze «reformador del arte». En realidad, Greuze no hizo sino volver los ojos hacia la Naturaleza, apartándose de las galanterías azul y rosa legadas por la época de Luis XV. Hoy, el arte de Greuze se nos antoja, tal vez, un poco fastidioso. Tan sólo conservan toda su belleza—la belleza que las inspiró—esas divinas ingenuas retratadas por el pintor: *La jeune fille à l'oiseau*, de la colección Richard Wallace, de Londres, y en el Louvre este prodigioso lienzo, *La lechera*, la más bella imagen que de la inocencia crearon las manos del hombre.

AL MARGEN DE LOS EVANGELIOS

LAS SANTAS MUJERES

De creer á Renan, las mujeres galileas que habían seguido al Maestro á Jerusalén no le abandonaron un instante. María Cleofás, María de Magdala, Juana, mujer de Khouza, Salomé y otras, seguíanle á distancia, y no quitaban de El los ojos.

En las «Actas de los Apóstoles» se dice que María, madre de Jesús, estaba acompañada de varias mujeres galileas. San Juan, en su Evangelio, cuenta lo mismo, y el más autorizado de los sinópticos, Luc, también coloca á las tres Marías entre «las amigas de la muerte».

Era costumbre que los condenados á muerte en cruz llevasen por sí mismos el madero. Pero Jesús, más flaco que los dos ladrones, no pudo sostener el peso de la suya. Entonces la cohorte pagó á un aldeano de Cyrene, llamado Simón, para que le ayudase, y así emprendió el cortejo de los reos su marcha al lugar de la ejecución.

Era un monte, llamado Gólgota ó de las Calaveras, porque tenía la figura de un cráneo. Se desconoce fijamente su situación; pero Luc y Renan, por conjeturas lógicas, deducen que debió estar al norte ó nordeste de Jerusalén, «en la planicie desigual que se extiende entre los muros y los dos valles del Cedrón y de Hinnón».

Se había puesto el sol. Por el monte de los Ajusticiados descendía á Jerusalén un hormiguero de curiosos. Sonaban las trompetas de la torre Antonia con la retreta militar. Entre los vendedores de agua y tortas de miel, dos hetairas, con mitra babilónica, bromeaban con Barrabás, el liberto.

El monte, desolado en sus peñas calvas, mostraba el gesto agrio de sus esparteras y la tristeza de sus jaramagos.

Desde los valles del Cedrón subían sus laderas de caliza, en cuesta, sin vegetación y sin senderos, escurridizas, ásperas, con chumberas desparramadas y barrancos donde volaban los quebrantones.

Allá, en lo alto de la loma, donde unas piedras blancas señalaban el círculo de las cruces, quedaba custodiando las tres que había, una guardia de legionarios.

Algunos vendedores de vinos, frutas y pasteles, se entretenían jugando á la taba las ganancias de su comercio. Y un corro de enviados del Sanedrín, con sus túnicas verdes y sus tabillitas de punzón, aguardaba la muerte de Jesús para testimoniarla ante Caifás.

De vez en vez, y destacándose del corro, un legionario adelantaba hacia las cruces, y alargando la caña de Agonía, refrescaba con el hisopo, empapado en vino, las fauces de los enclavados.

Entonces, de uno de los bultos postrados en tierra, se escapaban gemidos humanos. Era que las santas mujeres, ya sin lágrimas y sin fuerzas por los tres días de Pasión, se agitaban en el milagro de su ternura, incorporándose en el suelo y mostrando, bajo los mantos, sus caras fatigosas y doloridas.

«Aparte de este grupo de mujeres que, desde lejos, le consolaban con sus gemidos—dice Renan—, Jesús no tenía ante sí más que el espectáculo de la bajeza y de la estupidez humanas.



«El descendimiento», cuadro de Pedro Campaña, existente en la catedral de Sevilla
FOT. LACOSTE

«En torno de la cruz no percibía más que insultos, groserías. Sus gritos de dolor se recibían con chacota innoble.

«—¡Miradlo! ¡Y se llama hijo de Dios! ¡Pues venga su padre á salvarlo!—decían unos.

«—¡Si eres rey de Israel, desciende de la cruz, y te acataremos!—añadían otros.

«Algunos, vagamente, le planteaban problemas teológicos, y los mismos ladrones enclavados se burlaban de El.»

De pronto, enrarecióse el aire, y sopló un viento de tormenta. Del lado de Jerusalén, bandadas de pájaros volaron asustados hacia Jericó.

Los vendedores, con sus túnicas por la cabeza, descendían corriendo hacia la ciudad. Gruesas gotas de lluvia tintineaban en los cascos y armaduras de los legionarios. El centurión pidió su manto para resguardarse.

Las piadosas mujeres se levantaron, siguiendo á Juan, que, pálido, avanzaba al puesto en donde los soldados, apercebidos por la tempestad, ya requerían los martillos de desenclavamiento y flagelación.

María, madre de Jesús, sostenida de Marta y de Magdalena, caminaba como una sombra, con aquel rictus de dolor que había de santificarla por los siglos de los siglos. Marta la consolaba con su piedad sumisa, y Magdalena con la inefable poesía de sus lágrimas.

Adelantóse Juan al puesto, con aquella solemnidad viril y aquella suavidad enérgica del «amado discípulo» y demandó permiso para llegarse hasta la cruz donde el Maestro agonizaba. Los legionarios, malhumorados y mojándose, se excusaron con Juan, remitiéndole vivamente al centurión para el permiso que solicitaba.

El centurión, estoico bajo la tormenta, se encogió de hombros. ¿Qué podían importarle á él, romano y quírite, gentes bárbaras y misérrimas, emparentadas con criminales?

Sonó la voz de Juan balbuceando palabras de misericordia. El Centurión se encogió de hombros. ¿Qué hablaba aquel mozuelo imberbe de caridad y del «Reino de los cielos»? ¿Qué reino de los cielos era aquél de donde descendían, con la tormenta, el fango y la incomodidad?

Juan, con canturias de mendigo, habló del Maestro.

«—¿De cuáles cosas es Maestro ese hombre?—interrogaba el centurión—. ¿Qué te enseñó? ¿Qué aprendiste de El?» Al cabo, displicente y lleno de tedio, hizo una seña al decurión, y las santas mujeres penetraron en pos de Juan en el círculo de las cruces.

En la de en medio, más recia y alta, chorreando sangre por las llagas de los tres clavos, por las espinas de su corona de ludibrio, por los costados entreabiertos á lanzadas, Jesús de Nazaret, con la faz cárdena y la mirada vidriosa, era como una lámpara que se extinguía...

El viento hacía crujir las cruces. El agua azotaba reciamente los enclavados cuerpos. Por los cielos rodaba el carro del Señor con el estrépito del trueno; en la tierra temblaban los corazones y las montañas. La profecía iba á cumplirse, tal y como la dijo á los atenienses Dionisio un día de Areópago.

Desde abajo se oyó un gemido en la cruz, y Juan y las mujeres santas se estremecieron:

«—Madre, he ahí á tu hijo... Hijo, he ahí á tu madre...»

Marta, con su piedad sumisa, acogió á la Dolorosa. Magdalena escuchaba, más que con los oídos, con el corazón. Pero Jesús no habló ya más.

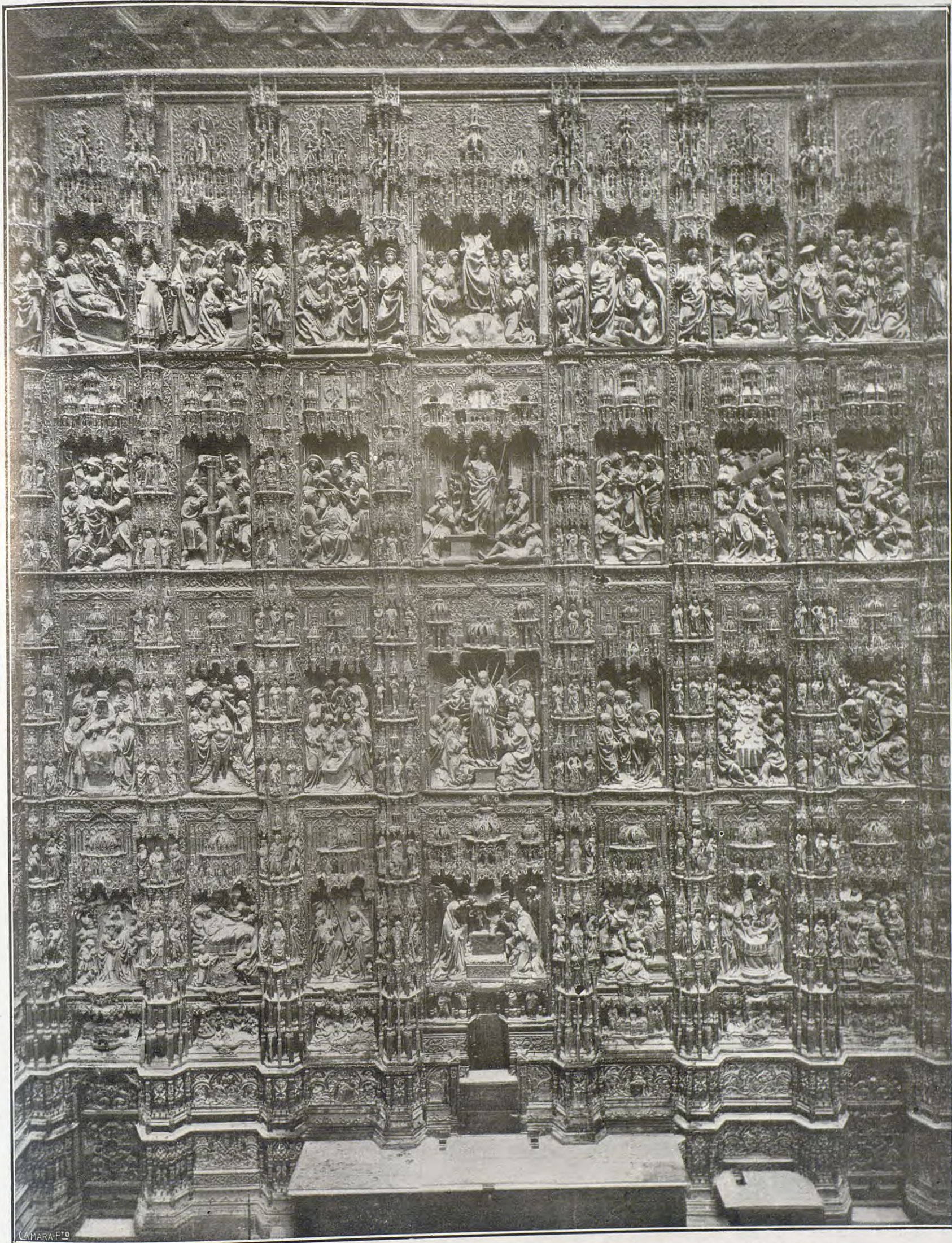
Y fué entonces cuando María Magdalena revisó en un instante toda su vida de renunciaciones, y sintió el corazón «que había amado tanto» traspasado por el silencio de la cruz.

Y fué entonces cuando el silencio aquél la empujó, despeñada y loca, monte abajo, hacia la cueva, donde, á pan y agua, purificada de atrición, María de Magdala escuchó un día la voz divina que no le habló desde la Cruz.

CRISTÓBAL DE CASTRO

LA ESFERA

SEVILLA MONUMENTAL



Retablo de la catedral de Sevilla, maravillosa obra escultórica de fines del siglo XV
FOT. PÉREZ ROMERO

EL CENTINELA

(CUENTO HISTÓRICO)

ERA el amanecer del 25 de Agosto de 1758, fecha trágica en los anales de la Historia, día de la sangrienta batalla de Zorndorff, la más terrible jornada de esa epopeya grandiosa, de esa gigantesca pugna conocida por la guerra de los Siete Años.

La aurora comenzaba a iluminar tímidamente con sangrientos resplandores el límpido horizonte, anunciando la proximidad del día, tiñendo con tibia e incierta luz el campo que tan pródigamente había de enrojecer poco más tarde la sangre humana.

El conde de Fermor, á la cabeza de 80.000 rusos, había invadido el territorio prusiano, llegando, en su empuje arrollador, hasta la riente aldea de Zorndorff, donde le salió al paso el gran Federico II, al frente de un pequeño ejército que no llegaba á sumar ni aun la mitad del enemigo, pero que, en cambio, estaba mandado por los más invictos caudillos prusianos, por los vencedores de las épicas jornadas de Leuthen y Rossbach.

Una nutrida línea de alertas centinelas separaba los vivacos de ambos ejércitos, cambiando de vez en cuando algunos disparos entre sí, á través de las densas tinieblas de la noche, produciendo continuas alarmas que mantenían á los beligerantes en ese interminable estado de inquietud que precede inseparablemente á las grandes batallas. Todos sentían ese afán de encontrarse á la plena luz del día para dirimir de una vez el trágico pleito y poner fin á la angustiosa tensión de los espíritus.

Entre los centinelas prusianos figuraba un joven soldado, llamado Arnoldo, recién incorporado al ejército, y que por vez primera prestaba servicio de vigilancia en campaña frente al enemigo.

Vivamente deseaba la llegada del día, pues la noche antes, y en el preciso momento de marchar destacado á las avanzadas, el postillón le había entregado en el vivac una carta que no había podido leer, por más que lo había procurado toda la noche, tratando de recoger la inquieta luz de las estrellas.

Fácilmente adivinaba de quién podía ser aquel mensaje, que guardaba en lo más recóndito del pecho como tesoro inapreciable, tras haberlo besado con todos los transportes de la pasión.

No podía ser sino de Hilda, una linda muchacha de diez y seis abriles, de ojos azules como las aguas de un lago, coronada por guedejas de oro, á quien había jurado eterno amor allá en el bosque, donde á diario iban á recoger leña desde muy pequeños para calentar sus humildes hogares. Y protegidos por la sombra generosa de los copudos árboles, Arnoldo é Hilda sellaron con un intenso beso de amor su juramento, sin más testigos que unos pajarillos que gorjeaban y saltaban de rama en rama...

Las muchachas de la aldea habían despedido á los mozos que partían á la guerra, hasta las afueras, deseándoles buena suerte, sonriendo sus labios, mientras procuraban ocultar difícilmente el dolor de sus corazones. Ellos iban cantando canciones patrióticas con esa sana ale-

gría de quien marcha á cumplir un sagrado deber, porque ningún otro debe ser más grato para el ciudadano que contribuir con su esfuerzo, y hasta con su sangre y su vida, á defender la Patria.

Aún recordaba Arnoldo en aquella trágica noche las últimas palabras que Hilda le había enviado sobre una ráfaga de aire, cuando los mozos montaban la última colina que había de ocultarles, tal vez para siempre, las humildes casitas del lindo lugar.

«¡Sé valiente, y acuérdate de mí!», fué el póstumo mensaje que Hilda confió á la brisa para que llegara á los oídos de Arnoldo, mientras los pañuelos se agitaban en un último flamear.

Arnoldo no había dejado de acordarse ni un solo momento de su amada, á pesar de los cuidados que le imponía la severa consigna. Había encontrado medio de hacer compartir su atención entre Hilda y el enemigo.



Aquel día, primero en que había de verle la cara, se proponía cumplir la primera parte de la recomendación de su novia.

Figúrese, pues, el ansia justificada del bravo Arnoldo por que se descorriese el velo de la noche y apareciese el día, para poder recrear los ojos en la primera carta que Hilda le escribía.

Y, sin embargo, á pesar de que Arnoldo adivinaba, con esa intuición de enamorado, cuanto su amada pudiera decirle, se impacientaba por leer con sus ojos lo que con maravilloso instinto había adivinado.

Consumido por la impaciencia había transcurrido la noche entera, y ella le había facilitado notablemente el cumplimiento del penoso servicio, pues si no hubiera sido por el afán que le devoraba, quién sabe si hubiera resistido al impropio cansancio que le agobiaba, tras las fatigantes y duras jornadas hechas desde Potsdam á pie forzado.

Pero otro motivo contribuía también á mantenerle alerta, fiel esclavo de la consigna, más severa é implacable aún en campaña y desempeñando servicio de centinela en las avanzadas frente al enemigo.

Era proverbial en el ejército que el propio

Federico II gustaba de cerciorarse de la efectividad de la vigilancia de sus centinelas, y, al efecto, solía recorrer solo y de incógnito los puestos avanzados, convenciéndose prácticamente de la eficacia del servicio. El centinela que no le daba el alto oportunamente, sufría un duro castigo. Los que sorprendía durmiendo, eran implacablemente pasados por las armas.

Todos los soldados lo sabían, y ese miedo á ser sorprendidos por el rey cuando menos lo esperasen, les servía de acicate para mantenerse alerta durante las facciones, so pena de ir á dormir el sueño eterno antes de su debido tiempo.

Arnoldo no ignoraba la inflexible severidad del vigilante soberano, pues era una leyenda constantemente repetida de intento por la oficialidad á los soldados, para mantener vivo el estímulo del cumplimiento del deber más delicado que un soldado puede desempeñar, del único en

el que el soldado se ve investido de cierta iniciativa y personalidad propia, limitada, naturalmente, por la consigna.

Pero obsesionado Arnoldo con aquella carta, no tenía necesidad de acordarse del rigor del viejo Federico. Los fuertes latidos de su corazón bastaban para mantenerle despierto, aunque, á ratos, abstraído, poco atento á sus estrechos deberes de vigia, pensando siempre en la rubia Hilda, la deliciosa y adorable muchacha que había cautivado su corazón.

Ya apuntaba la primera claridad de la aurora, y las dianas rompieron el augusto silencio de la noche. Los toques estridentes, marciales de los clarines, alternando con los sonos silbantes y gratos de los pífanos, acompañados siempre por el recio redoblar de los tambores, se sucedían en uno y otro campo, á todo lo largo de las líneas, elevando un bello himno de tragedia hasta la bóveda del tranquilo é

indiferente cielo... Las banderas y estandartes se desplegaron á la brisa, y los dos ejércitos se despegaron, requiriendo las adornadas armas, aprestándose á la fratricida matanza como dos gladiadores en la arena del circo.

En ambos campos reinó la ansiedad mortal que precede á los grandes encuentros.

Arnoldo, abrazado á su fusil, mantenía la carta pegada á los ojos, esperando que los primeros rayos del naciente día le permitiesen leer los trazos que la mano gentil de Hilda había dibujado.

Ya comenzaban á deleitarle las dulces palabras de amor que Hilda había estampado, abstraído por completo de cuanto á su alrededor ocurría, y no apercibió que una sombra solitaria avanzaba hacia él.

La mañana era fría, á pesar de la estación, y toda la noche había corrido una brisa molesta que la proximidad del día avivaba. De vez en cuando, una ráfaga de fuerte viento soplabá con no disimulada iracundia.

Eolo, al ver tan embelesado á Arnoldo, quiso jugarle una trágica partida, y soplando con fuerza una violenta racha de vendaval, le arrebató de entre las manos la carta querida, que mariposeó veleidosamente en el espacio, volando á

impulso del menguado y burlador huracancillo. Olvidándose por completo Arnoldo de las fuertes ligaduras que le retenían en su puesto, angustiado por la pérdida de aquel tesoro de su corazón, corrió tras el papel aquel, más precioso que todas las riquezas de la tierra.

Frenético, emprendió loca y desenfrenada carrera por los campos, corriendo tras aquella prenda de amor, que impiamente le había arrebatado Eolo.

Su insólito correr sembró la alarma en los dos campos, y los centinelas todos se enzarzaron en un vivo fuego de fusilería, que estuvo á punto de producir una conflagración general prematura.

Pero abismado Arnoldo en su dolor, no se percató que más de una bala pasó por cerca de su brillante y flamante uniforme de granadero del histórico regimiento de Bülow, amenazando agredirlo, causándole un grave contratiempo, tanto en su rica vestimenta como en su cuerpo, lo que hubiera sido para él más sensible. Poco duró, por fortuna, la alarma, pues Arnoldo tuvo la buena suerte de atrapar, ensartando la preciada carta con rara habilidad con la bayoneta.

Ya regresaba, sonriendo infantilmente, á su puesto, gozoso de haber rescatado aquel regio presente del amor de su amor, inconsciente del peligro que había corrido, y más aún de la imprudencia que había cometido.

Pero una inquietud terrible le asaltó de pronto, cuando al aproximarse á su puesto lo vio ocupado por una marcial silueta.

Acercóse con no disimulado terror, adivinando con intuición aquel centinela, dándose ya cabal cuenta de la magnitud de su falta y del terrible castigo que le esperaba. Y, en efecto, no era infundado su temor. Aquella sombra que se le aproximaba, y que él no vio, cuando la maldita ráfaga sopló tan inopinadamente para su perdición, era el propio rey, quien, al ver cómo aquel infiel soldado abandonaba su puesto frente al enemigo, corriendo afanosamente tras un pedazo de papel, comprometiendo con su imprudencia la situación, había ocupado el puesto abandonado durante los cortos momentos que Arnoldo corría tras la volandera y amada carta.

El infeliz quedó helado de espanto al descubrir, á la incierta luz de la aurora, el rostro severo y enérgico del monarca, quien, al aperebir al que llegaba, le dió el alto, mientras se llevaba el fusil á la cara, apuntando al corazón del osado que se aventuraba á corretear aquellos campos de muerte por entre la estrecha y peligrosa red de los centinelas.

Entonces comprendió toda la inmensa magnitud de su falta y, ante la visión del terrible é irreparable castigo que le esperaba, palideció de espanto, acariando más que nunca el recuerdo amado de la pobre Hilda.

A los pocos momentos acudió el piquete para relevarle de la guardia, y, cuando llegaron sus compañeros y vieron al soberano en el lugar del infiel centinela, no tuvieron que preguntar lo sucedido. El rey cedió la guardia en la rigurosa forma prescrita por la Ordenanza, recalando, sin embargo, en presencia de todos, para que llegase bien á los oídos del infiel centinela, que no se debía ceder el puesto sino muerto. Cuando el piquete se hizo cargo del desgraciado, le sorprendieron llorando infantilmente, besando y mojando con sus lágrimas amargas aquella carta querida, causa de su perdición. Se despedía así para siempre, aquella triste mañana de dolor, de Hilda, de la pobre Hilda...

ooo

El delito de Arnoldo es de los que se juzgan en el más breve juicio sumarísimo. La sentencia se cumple minutos después de dictada, y se dicta tan luego el Consejo de guerra ha sabido el delito. No hay defensa posible. Además, el único testigo del delito era el propio monarca, y no cabía, para ejemplaridad de todos, más pena que la del fusilamiento.

Ya se había hecho cargo del reo el pelotón que había de hacerle expiar su gravísima falta, cuando un sonoro toque de clarines del ejército enemigo, seguido instantáneamente de un intenso cañoneo, anunció el rompimiento de la paz. Era que el ejército ruso iniciaba el ataque, fiado en la inmensa superioridad de su fuerza y de su artillería.

Los prusianos maniobraron con destreza, en su consecuencia, para decidir la victoria á su favor.

La olas del ejército ruso atacaron las sólidas formaciones prusianas. Los cosacos se lanzaron sobre la infantería de línea, que aguardó á pie firme el aligero huracán, resistiendo la acometida en la disposición táctica conocida por la *murala*, prescrita por los reglamentos tácticos del gran estratega. La magnífica carga se vió contenida ante la sólida muralla de acero y plomo. Los rusos llegaron al máximo de su esfuerzo, y hubo un momento que vacilaron, momento elegido por el gran monarca para contraatacar con todas sus fuerzas. Pocas veces ofrece la Historia un cuadro de encarnizamiento tan atroz como el que se ofreció en aquella memorable jornada de Zorndorff. Ambos ejércitos se confundieron en masa en un apretado y gigantesco cuerpo á cuerpo que hizo enmudecer la artillería. Los

campos, del horrible fuego que los rusos les hacían.

—Arriba, hijos—les dice el heroico Federico—. Seguidme. No por mí, sino por Dios y la Patria.

Y electrizados por el ejemplo del soberano, que, enarbolando la bandera del regimiento, avanzaba solo hacia el enemigo, le siguieron hasta que lograron inclinar la veleidosa victoria á su favor.

Terminó la dura jornada quedando el campo por los prusianos.

ooo

La batalla había interrumpido la ejecución del infeliz Arnoldo, que, rabiando de ira, había tenido que soportar la vigilancia de un crecido granadero, quien, fiel á la consigna, no había cruzado ni aun la más leve mirada con su cautivo. Y mientras, impotente, aguardaba su estúpida muerte, no lejos, sus camaradas se cubrían de gloria. ¡Cuánto no hubiese dado Arnoldo por que su bautismo de fuego tuviera más esplendor que el que la suerte le iba á deparar! ¡Muerte más imbécil no tuvo nunca otro valiente!

Los rusos habían dilatado durante veinticuatro horas la vida de Arnoldo, con su oportuno ataque.

Aquella misma noche, y en medio del desorden y confusión siguiente á toda batalla, el rey tuvo el recuerdo de ir á la tienda de campaña que servía de capilla al infeliz Arnoldo.

En su postura característica, con gesto severo, mayestático, con las manos atrás, empuñando el bastón de mando, con las piernas un tanto abiertas, un poco encorvado, Federico el Grande paseó la mirada á todo lo largo del infiel centinela y le interpelló seca y desabridamente:

—¿Concibes ahora el alcance de tu grave imprudencia?

Arnoldo permaneció cuadrado, virilmente mudo ante el soberano, sin que el más leve rictus traicionase la emoción más mínima.

—¿Qué papel era ese que tenías tanto interés en no perder?—demandó el monarca con gesto enérgico.

Arnoldo sacó de lo más recóndito del pecho la carta de Hilda y se la alargó al rey, volviendo instantáneamente á su rígida postura marcial.

Federico el Grande leyó la carta á la luz tenue del farol que pendía del centro de la tienda, y á poco se la devolvía, sin que su rostro severo dejase traslucir la más mínima impresión.

Pero si hubiera sido posible contemplar su rostro, no hubiera sido difícil descubrir su honda emoción...

Al amanecer siguiente, un piquete formado por camaradas del desdichado Arnoldo se hizo cargo del reo, conduciéndole á las afueras del vivac, donde había de tener lugar la ejecución.

Comenzaron los siniestros preparativos al sangriento resplandor de la aurora.

Rompieron las bandas la sonata matinal de la diana, saludando con himno triunfal aquel nuevo día, heredero glorioso de la víspera victoriosa.

Los clarines asonaron en el espacio al rudo compás de los atambores.

Ya iban los soldados á echarse á la cara los fusiles, cuando á galope tendido surge un oficial en el campo donde iba á tener lugar el cruento sacrificio. Entrega

presuroso un pliego al oficial encargado de la ejecución. Es una orden del propio rey Federico. En ella dispone el indulto del reo «por excepción, y atendiendo las causas que motivaron su falta». El magnánimo corazón del monarca filósofo no pudo consentir que muriera Arnoldo por una causa tan simpática. Mediaba por medio el Amor, y el austero soberano tuvo que inclinarse ante su majestuoso señorío.

Arnoldo fué reintegrado á las filas, y correspondiendo al favor excepcional con que le había distinguido su soberano procuró, durante toda la dura campaña, mostrarse digno del honor recibido. Y cuando, terminada la campaña, se reintegró á los lares pueblerinos con los galones de sargento, cayó para siempre en la dulce prisión de los brazos de Hilda, de los que tan poco faltó ser apartado para siempre...

GUILLERMO RITTWAGEN

DIBUJOS DE ECHEA



UNA EXPOSICIÓN CURIOSA

EL ARTE EN LA TAUROMAQUIA



Pinturas rupestres del Navazo (Albarracín)

EUGENIO Noel, cuyos libros señalan nobles y puras normas estéticas, cuya inteligencia fulge de tal modo que la miopía española no se atreve á mirar frente á frente, dice, á propósito de la estatua de *Lagartijo*, modelada por Julio Antonio:

«Al sabio le espanta; á la multitud la amedrenta; al hombre de ciencia le hace pensar. Es, sin duda, un valor; pero un valor falso. El cerebro que hay debajo de esas facciones inexorables tomaría al asalto un reducto, y ni apenas sabe expresarse. Despide ese rostro bondad, una placidez necia; no es originada por la meditación, y esa cara medita. No puede reflexionar, y parece que investiga. La mansedumbre que ofrece no es efecto de la conciencia de las cosas; sabe que lo ignora todo; es una clase de renuncia expresada con humildad plebeya; mas miradle atentamente: los rasgos de esta fisonomía dicen lo contrario. Hay allí el vaso, pero no la esencia.

»¿Por qué? Porque así es España. Ese hombre es nuestro pueblo, nuestro símbolo, nuestra persona representativa. Quiere y no puede. Pone voluntad de hierro y, como está ineducada, se refracta, se quiebra, deriva al vicio, se vicia. Mata un toro porque no puede vencer un obstáculo. Emplea su energía toreando porque ignora en qué emplearla. Es bueno porque no puede ser malo. ¿No es así nuestro pueblo? Es un hijo del sol y de la pereza. Su sangre, ebria de luz, es brutal, áspera, grosera. No sabe el valor justo de la sangre, y la derrama. Para él esa sangre se forma en el corazón, con el único objeto de hinchar la femoral.

»Es una efigie ante la cual haremos el inventario de nuestras desdichas. El único personaje de la raza que desconoció Cervantes. ¿Quién no ve en ese ídolo el embrión de una obra colosal? ¿Cuál es el artista que no ve en la torería, en la afición, en esas trescientas noventa y seis Plazas de Toros, la síntesis de una raza degenerada, convulsa, que ve hoy gigantes en los toros como ayer los vió en los molinos de Esquivias?»

ooo

Un poco extensa la cita, pero oportuna. Acudió á la memoria cuando visitábamos la *Exposición del Arte en la tauromaquia* que se celebra en los bajos de la Biblioteca Nacional, organizada por el conde de las Almenas é instalada con ese depurado buen gusto y ese elevado es-

píritu de selección que caracteriza las exhibiciones anuales de la Sociedad *Amigos del Arte*, cuyo local ha cedido ahora.

Deleita el ánimo la aislada belleza artística de los objetos allí reunidos, y le conturba y entristece la serie de reflexiones que su conjunto sugiere.

Y, sin embargo, es muy de alabar el escrupu-

toque, capotes, puyas y otras reliquias ó trofeos del sanguinario espectáculo.

No. El conde de las Almenas posee temperamento sutil de artista educado por sólida cultura. Gracias á ella esta Exposición se detiene en los límites justos. No es culpa de él que las trágicas escenas de Lucas y de Goya, reflejadas con tan asombroso realismo, nos ratifiquen en la hostilidad, cada vez más arraigada, contra las corridas de toros; ni culpa suya tampoco que en los rostros de los lidiadores de antaño encontremos la misma jayanesca y estúpida expresión que en los lidiadores actuales.

Cambian las indumentarias; se substituyen los nombres; prestan momentáneos caracteres de belleza las artes y la literatura á eso que llaman fiesta y á cuanto en torno suyo se agita y suena; pero, en el fondo, no hay más que la lucha del hombre con el toro, mezclando sus sangres bajo el sol y entre la algazara de la multitud á cubierto del peligro, ebria de vino, de calor y de crueldad...

ooo

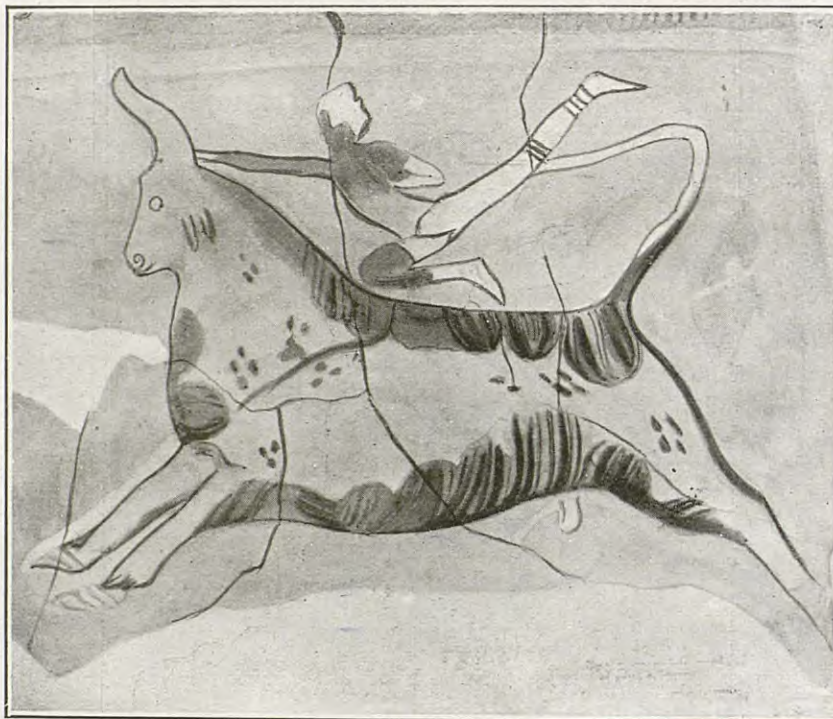
Con excelente acuerdo, el conde de las Almenas termina en la obra admirable de Eugenio Lucas su Exposición de *El Arte en la tauromaquia*.

Ya en el documentado y amenísimo prólogo que ha escrito para el catálogo advierte su logrado empeño de ofrecer un resumen histórico del toreo.

«No entra en nuestro propósito—dice—hacer un curso de ésta (la estética), ni la apología de nuestra fiesta de toros; nuestro fin es considerarlas tan sólo en sus relaciones con las Artes, comprendien-

do perfectamente que en todo tiempo hayan sido asunto muy digno para ser tratado por ellas.

»Sin embargo, para los aficionados que, afortunadamente, forman legión, hay una sección histórica muy instructiva, que en verdad confío habrá de despertar su interés, concluyendo por cautivarlos. Entre los documentos de la colección de Ortiz Cañavate existen 15.000 carteles de la fiesta. Claro está que no han podido exhibirse más que unos 60, por falta material de espacio; ¡habría para empapelar miles de metros! Pero á la disposición del público se encuentran sus índices, para quien desee compulsarlos y estudiarlos, y en número suficiente, que nos permite decir sin jactancia que en esta Exposición se encuentra la historia completa del toreo.



Pintura mural de la Acrópolis de Tirinto

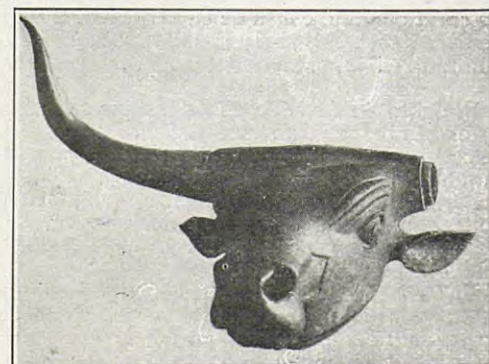
loso celo que ciertamente puso el conde de las Almenas en quitarle á su Exposición todo aspecto desagradable y toda bajuna plebeyez, hasta punto tal, que defraudado quedará el aficionado taurino que acuda allí deseoso de encontrar sus idolatrías contemporáneas y de recrearse el espíritu viendo banderillas con sangre resaca, cabeza de toro disecada, zapatillas, es-



"Paciencia", tal'a de Rodrigo Alemán, en el coro de la catedral de Plasencia



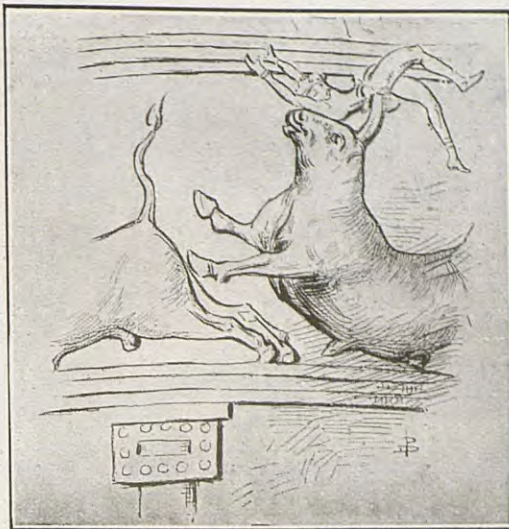
"Corrida de toros y cañas en Valladolid el 28 de Julio de 1592". (Dibujo de Lhermite)



"Cabeza de toro de Costig (Balears)" (siglo XVII, antes de Jesucristo)



Pinturas del alfarje de Santo Domingo de Silos



Detalle de la copa de Hagia Triada (arte cretense; siglo XVII, antes de Jesucristo)



Pinturas de Santo Domingo de Silos (siglo XIV)



Además, en el apéndice a este catálogo, hallarán datos curiosos sobre ganaderías y espadas de cartel, auxiliada, en la parte que a Sevilla se refiere, con los datos de la interesante obra que ha publicado el señor marqués de Tablantes, muy recomendable, por todos conceptos, a los aficionados.

«Hemos fijado comprenda desde los más remotos tiempos hasta mediados del siglo XIX.»

Inician la Exposición copias y fotografías de las pinturas rupestres halladas en el Navazo (Albarracín), de un fresco del palacio de la Acrópolis de Tirinto y otras manifestaciones de arte cretense, como la broncea cabeza del toro de Costig y la reproducción y copia de las copas de oro de Vaphio y Hagia Triada.

Hallamos, de épocas sucesivas, tan curiosos documentos y notables ejemplares como los facsimiles de las miniaturas del libro de las *Cántigas*, de Alfonso el Sabio (siglo XIII), donde se representan los sendos milagros que la Virgen hizo para librar de naturales ó endiablados toros a un aldeano de Segovia, un vecino de Plasencia y un fraile; las pinturas del alfarje del claustro de Santo Domingo de Silos (siglo XIV), donde se ven jinetes y peones alanceando toros; la rampa de la escalera de la Universidad y una «paciencia» de Rodrigo Alemán, perteneciente al coro de la catedral de Plasencia (siglo XV); el dibujo de Juan Cornelio Vermeyen, que tal vez representa la corrida de toros celebrada en Avila el 8 de Junio de 1534, y a cuyo dibujo su poseedor, el ilustre artista Luis Menéndez Pidal, consagrará en breve un artículo en LA ESFERA; el relieve en mármol de un gimnasta mancornando un toro, existente en el Museo Arqueológico Nacional, y el «Breve» del Papa Pío V, condenando las corridas de toros (siglo XVI); la pintura de Juan de Toledo (siglo XVII) de unos caballeros rejoneando toros acosados por pajes y perros.

Interesantes son también los grupos de figuras talladas del escultor Hermoso; los objetos de loza talaverana, de Alcora y de Manises, de los siglos XVI y XVII, y la serie de carteles, programas, caricaturas, estampas populares y toda clase de impresos referentes a las corridas y los retratos de lidiadores célebres, como *Pepe-Hillo*,

magníficas cabezas de toro, un cuadrito de pequeñas dimensiones con la trágica escena de la cogida y muerte de *Pepe-Hillo*, un ejemplar de la primera edición de *La Tauromaquia* y las cuatro bellísimas litografías de *Los toros de Burdeos*, propiedad de Aureliano Beruete, con más algunos otros lienzos.

De Carnicero figuran parte de los dibujos originales y de los primeros apuntes que había de utilizar en su colección taurina.

Y, por último, Eugenio Lucas cierra este ciclo de la historia del toreo con la serie de obras donde se exalta y magnifica la fiesta nacional en toda su dramática epilepsia y policroma furia, desde el lienzo *Plaza partida*—que es una de las joyas de la pintura—, hasta el *Tipo de majo*, con su porte fiero y sus ojos fulgurantes, en las reducidas dimensiones de un cuadrito de treinta y tantos centímetros.

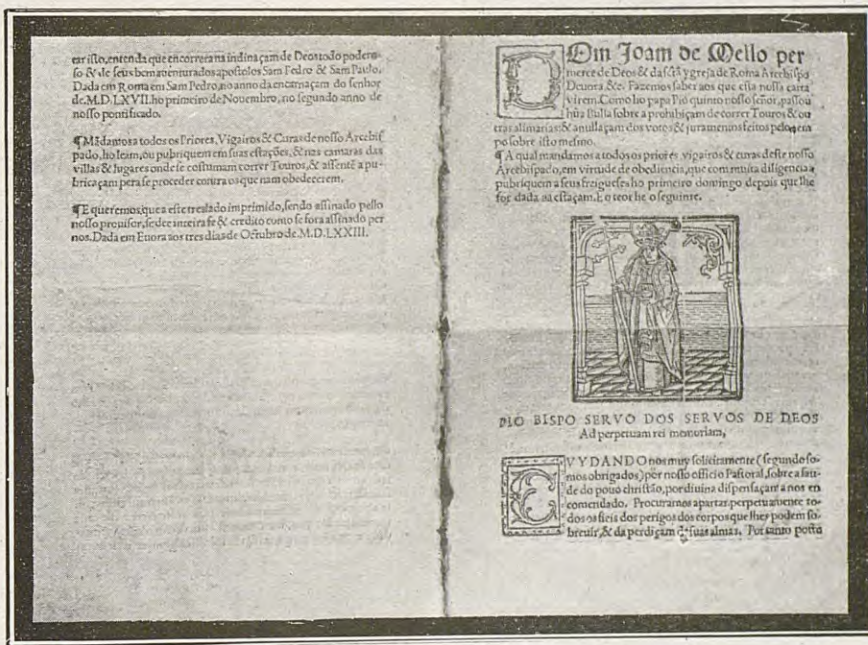
Ante estos lienzos acres, violentos, donde el color tiene una audacia casi ofensiva, no podemos contener una exclamación de asombro.

España, la brava, la legendaria, la de los bandoleros activos sobre corceles andaluces, la de los majos, los frailes, los toreros, las procesiones con santos sanguinolentos y disciplinantes, toda esta España de contraste rutilante, y sombría a un tiempo mismo, palpita y vibra en los cuadros de Lucas.

Se piensa, viéndoles, en una garra antes que en un pincel. A zarpazos está hecha toda su obra. Ama las visiones rápidas, los esbozos momentáneos, donde las líneas y colores aparecen con su mayor simplicidad.

Y también ama las campañas libres, los cielos extensos pintados con una sensibilidad tan emocionada, con una riqueza tal de recursos técnicos, que se adivina en él a un precursor de los modernos luministas del paisaje...

SILVIO LAGO



Bula de S. S. Pío V, publicada en Portugal el 3 de Octubre de 1573, propiedad de D. Miguel Ortiz de Cañavate

los Romero, *Costillares*, *Cúchares*, *Paquiro* y otros.

Pero donde radica la verdadera importancia de la Exposición es en los cuadros y grabados de Goya, en los dibujos de Carnicero y, sobre todo, en la espléndida colección de óleos y acuarelas de Eugenio Lucas que posee D. Miguel Ortiz Cañavate. De Goya se exponen dos

neos, donde las líneas y colores aparecen con su mayor simplicidad.

Y también ama las campañas libres, los cielos extensos pintados con una sensibilidad tan emocionada, con una riqueza tal de recursos técnicos, que se adivina en él a un precursor de los modernos luministas del paisaje...

SILVIO LAGO



Interesante dibujo representando tres caballeros rejoneando un toro acosado por perros y pajes (siglo XVII)



«Muerte de «Pepe-Hillo», cuadro de Francisco Goya, propiedad de los marqueses de Casa-Torres



EL LEÑADOR

DIBUJO DE BARTOLOZZI

En la oquedad del bosque solitario
resuena el golpe lento
de un hacha, que remeda,
rodando, hasta apagarse, sobre el eco
de la tarde dormida,
la voz, ronca y lejana, de un lamento.

La tarde está brumosa,
fría tarde monótona de invierno,
sin nidos, sin regatos,
ni hierba en los senderos,
sin hojas en las ramas,
ni bruñidos celajes por el cielo,
sólo un tropel de nieblas
sobre los troncos yertos,
grises brumas que ponen en los árboles
una luz melancólica de espectro!

Yo solo, sin que nadie
venga á turbar mis hondos pensamientos,
camino por la selva adormecida
bajo esta claridad triste de invierno.
Yo solo voy, mis pasos

nadie sigue, el silencio,
bajo estas grises brumas,
es tan sólo mi grave compañero.
¿Dije solo? ¡Dios mío!
Solo no, que en el eco
resuena de aquel filo,
implacable y tenaz, el golpe lento

¿Qué leñador sombrío
es ese que, en el quieto
misterio de la tarde soñolenta,
se entretiene en hender los troncos viejos?

Para aliviar el frío de estas horas,
me acojo, inconsolable, á los recuerdos,
y los días azules de mi vida,
días que se perdieron,
á mi espalda, entre el polvo del camino,
me alegran con sus líricos reflejos,
y á su luz de oro y rosa
siento abrirse, recóndita, en mi pecho,
una fúlgida llama que aun calienta
la aridez de mi senda con sus besos.

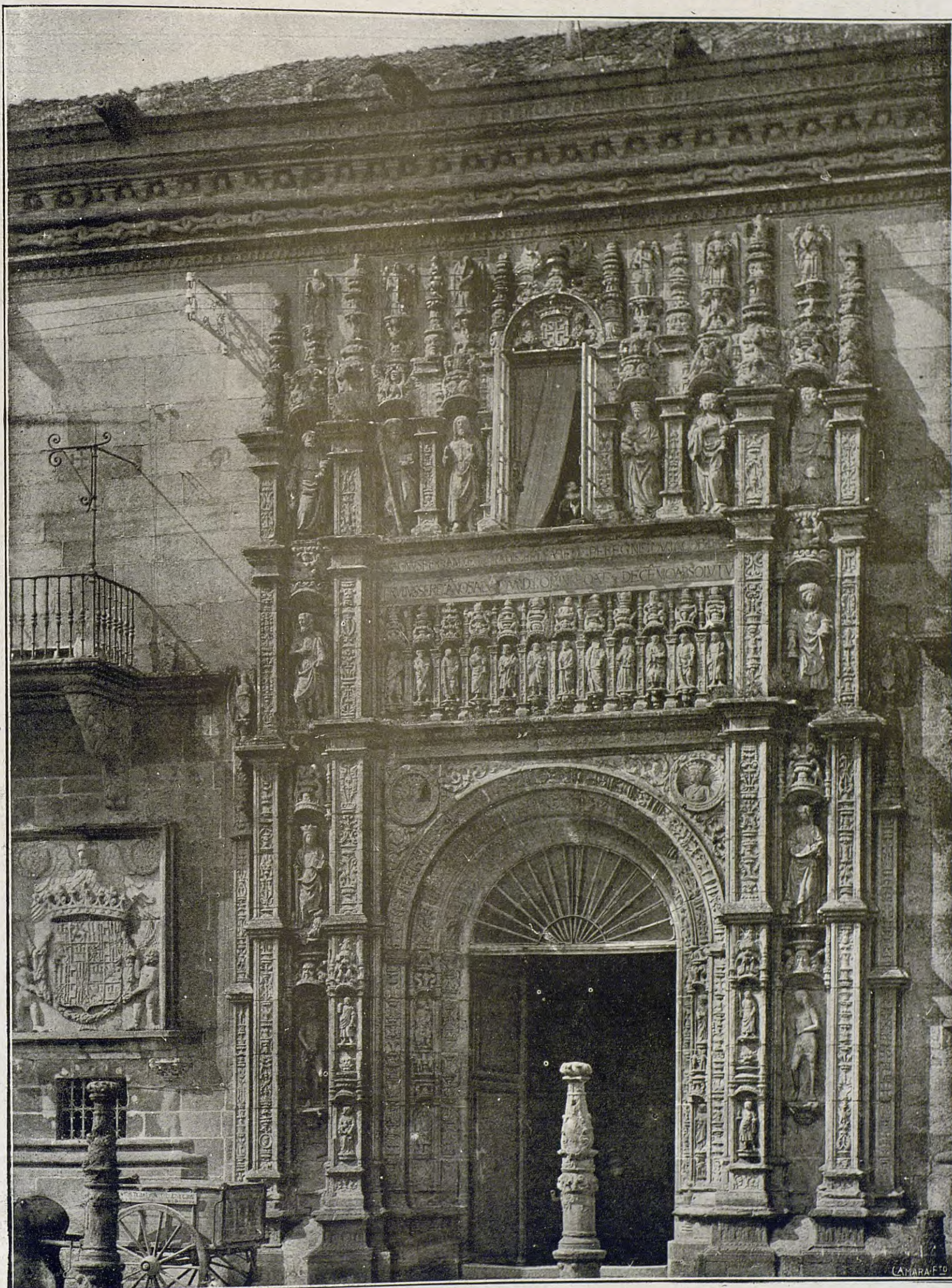
Mis cabellos de oro
tienen ahora matices cenicientos,
y mis manos, forjadas
para herir en la lucha, como el hierro,
hoy, sin sangre y sin iras, languidecen
á lo largo, caídas, de mi cuerpo.

Antes eran mis años una selva
de troncos corpulentos
que un estío perenne coronaba
de pájaros y frutos, dulces sueños
perdidos para siempre,
para siempre ¡ay! perdidos, que ahora veo
á esas ramas pomposas, sin verdores,
alzarse ante mis ojos como espectros.

¡Oh, leñador sombrío,
maldito leñador que, torvo y lento,
vas podando las horas de mi vida;
detente, por piedad, mira que el eco
de tu golpe implacable, en mis oídos,
tiene la voz lejana de un lamento!

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

MONUMENTOS ESPAÑOLES



Portada del Hospital Real, de Santiago de Galicia, edificio levantado en 1501 por los Reyes Católicos

FOT. LACOSTE



CAZATORPEDEROS INGLESES SOCORRIENDO Á UN VELERO NEUTRAL INCENDIADO POR UN SUBMARINO ALEMÁN
Cuadro de Ricardo Verdugo Landi

El arte jugoso del ilustre marinista ha sabido expresar en esta página un episodio trágico de la guerra europea en las enormes extensiones oceánicas. Lejanos están aquellos tiempos de las grandes batallas marítimas en que las escuadras de las naciones beligerantes decidían de una vez el resultado de una guerra. No la gallardía de los ataques y defensas entre buques armados para el combate, sino el inesperado asalto á toda clase de barcos es lo que caracteriza las luchas marítimas de hoy. Mientras los acorazados permanecen anclados en puertos de refugio, surcan los mares los grises y temibles sumergibles. Erizanse las aguas con los índices vigilantes de los periscopios y las surcan los negros y chatos torpederos que buscan enemigos para destruirlos y víctimas para socorrerlas.

Cuando finalice la lucha cruenta será mayor aún la estadística de los buques mercantes que de los barcos de guerra destruidos por la saña implacable y ciega de los submarinos. Y dentro de esa estadística se verá que el respeto á las naciones neutrales no se tuvo para nada en cuenta por los amos de las misteriosas profundidades abisales. Ricardo Verdugo Landi comenta gráficamente una de tantas escenas dolorosas como el cielo y el mar impasibles contemplan diariamente. Un frágil velero, tripulado por hombres humildes y esforzados, fué sorprendido é incendiado por un submarino alemán. Si no á tiempo de entablar combate con el sumergible, llegaron unos torpederos ingleses á recoger á los naufragos. Es un símbolo claro y definidor de lo que esta guerra significa...

LOS DIOS RESUCITAN



HÉRCULES EN LIRIA



HÉRCULES

Hércules domando el toro de Creta.
Hércules en el jardín de las Hespérides

ONFALIA

REGIÓN gloriosa é inagotable esta levantina que el Mediterráneo acuna y un sol benigno fecunda. Como si no bastara el ubérrimo

tesoro de los agros y las urbes actuales, continuamente devuelve á la luz los otros subterráneos que hablan de las civilizaciones pretéritas en un tono augusto y bello.

Y van resurgiendo las obras de arte, los domésticos utensilios y las bélicas armas. Una misma emoción estética une á los campesinos y á los artistas, y á través de los siglos, los ritmos, la sensibilidad, las figuras raciales hallan su confirmación en los objetos y las obras desenterradas.

Fué, realmente, en una mañana bien valenciana cuando vimos este mirífico mosaico recién hallado en Liria, la opulenta de viejas maravillas.

Recorrimos templos y edificios civiles evocadores de los siglos próximos al nuestro, y, por último, alejándonos de la ciudad, con ella misma, en un contemporáneo deseo de expansión, hacia la roja tierra de los viñedos, ensalzados por Plinio, fué como si retrocediéramos en la Historia. Despeinaba nuestras cabezas desnudas un aire impregnado de paganía. Una gozosa inquietud nos anunciaba la presencia de los dioses y el resurgimiento de los arcaicos mitos.

Y, de pronto, Hércules, el más grande de todos, el de más amplia pluralidad, se nos apareció en un mosaico que glosa sus hazañas...

ooo

Pertenece este mosaico á unos terrenos adquiridos por D. Francisco Porcar, contiguos á una finca suya, de reciente edificación.

Armónica la composición, rico su colorido, y casi perfecto su estado de conservación, es, probablemente, este mosaico uno de los más notables que se conocen. Dividido en dos partes, que acusan el atrio y una de las habitaciones contiguas á él de una casa romana del siglo VI, se subdivide en la destinada á la representación de los hérculeos trabajos en trece compartimientos.

En el central, vese á Hércules vestido con femeniles atavíos, é hilando ante Onfalia, matronilmente tentadora, sosteniendo la maza y cubierta la cabeza con la leonina piel, atributo de su vigoroso y esclavo amante.

En torno de este cuadro central, con la misma frescura de colorido, idéntica riqueza de matices é igual belleza de figuras, se evocan las sucesivas hazañas del dios: sus luchas con el león de Nemea, con el toro de Creta, con la hidra del lago de Lerna y con el jabalí de Erimanta; el libertamiento de Teseo y la muerte del rey de Tracia, el combate con las Amazonas y el robo de las áureas manzanas del jardín de las Hespérides.

Y todos estos episodios están reproducidos con tan extraordinario realismo y tan jugoso colorido, que bien pudiera ostentar este mosaico de la antigua Laurona aquella apologética inscripción que exalta el de Santa Inés de Roma, hecho en tiempo del papa Honorio: «Tallados metales producen una dorada pintura, y la luz del día parece estar allí comprimida y encerrada. Creeríase que la aurora, uniendo las nubes á líquidas fuentes, iluminó y extendió la vida por los campos...»



Magnífico mosaico romano, descubierto recientemente en Liria (Valencia), donde están representados los doce trabajos de Hércules, y propiedad de D. Francisco Porcar

PÁGINAS POÉTICAS

PENAGOS
XVIII



SONETO

En el ambiente frívolo de este café galante
lloran las melancólicas arpas napolitanas;
tú surges en mi alma, toda blanca y fragante,
con la suave tristeza de las cosas lejanas.

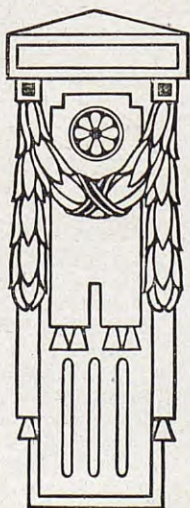
Evoco nuestro viejo poema, tu florida
ventana, de tus trenzas el perfume galán,
tu voz, que es el recuerdo más dulce de mi vida,
y tantas cosas bellas que nunca volverán...

¡Es la vida tan triste y el triunfo tan banal,
tan breve el paraíso del encanto sensual,
es mi pan tan amargo y es tan negro mi vino!

Tú surges de las ruinas de mi leyenda de oro,
lejana y bella como mi juventud, y llovo.
¡Quién pudiera volver á empezar el camino!

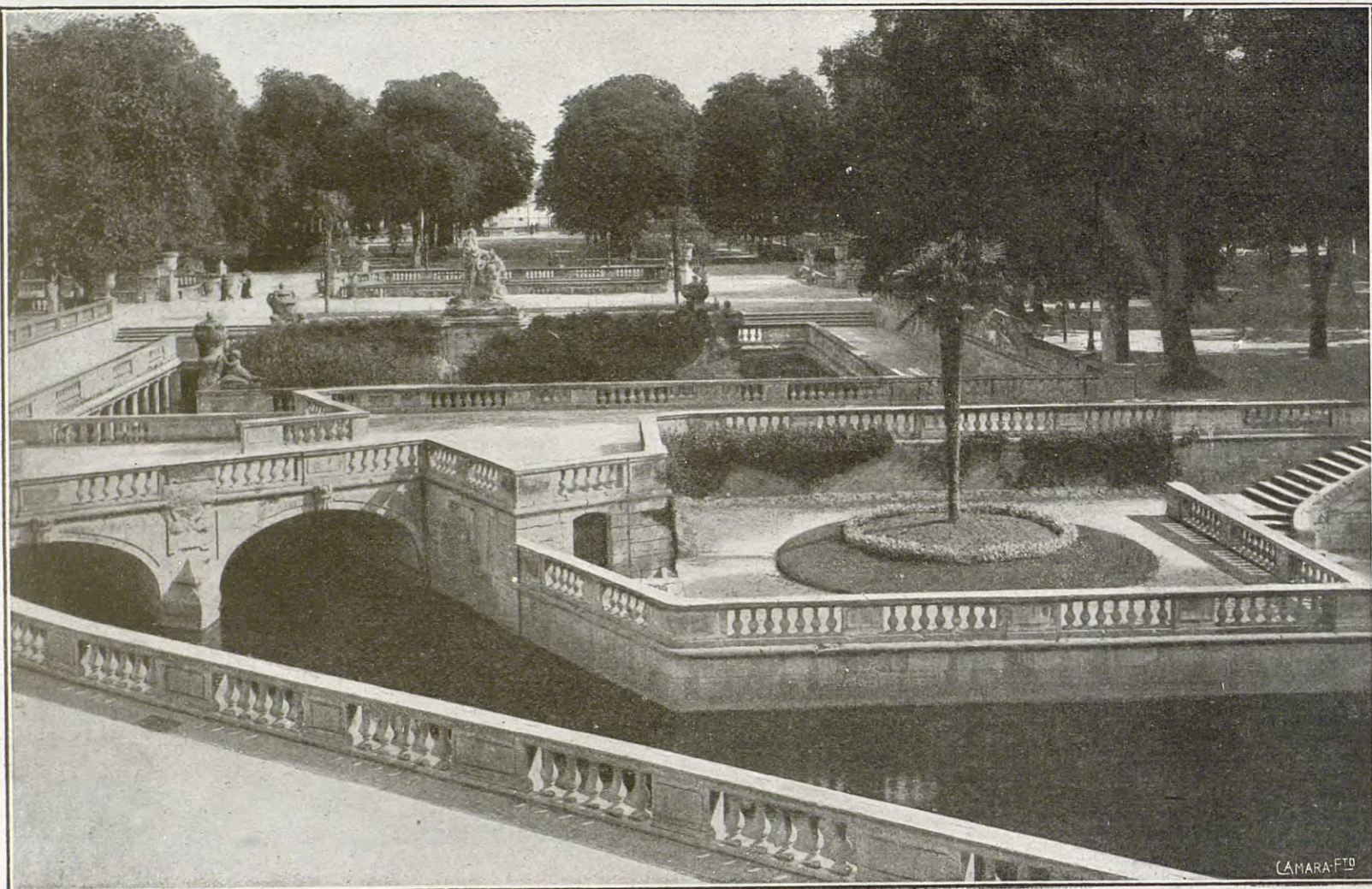
E. CARRÉRE

DIBUJO DE PENAGOS



DE LÚCULO Á MONSIEUR DURAND

EL COCINERO QUE GUISABA EN NIMES



Jardines y baños romanos de Nîmes

EL mes de Abril de 1854 fué trágico para la bella, para la augusta ciudad de Nîmes. No temblaron los viejos sillares del anfiteatro, ni se desprendió ninguna hoja de los maravillosos capiteles de la *Maison-Carrée*, ni se abrió ninguna nueva brecha en el harto resquebrajado templo de Diana. En los baños romanos, el agua seguía corriendo, murmurante y plácida, como en los días en que Cayo y Lucio, los hijos de Agripa, asistían á la consagración de su propio templo, ó aquellos otros en que Carlos Martel, después de destruir la Torre Magna, sentía calmadas sus iras ante la belleza de los jardines que rodean el baño de la Ninfa. Ni siquiera una mano aleva había penetrado en el Museo Municipal y robado la admirable *Sagrada Familia*, de Palma el Viejo, que, con *El Silencio*, de Ribera, fuera á parar allí entre el botín, más de ignominia que de gloria, que las tropas de Napoleón se llevaran de España. Era mucho más grave que todo esto lo ocurrido en la augusta ciudad de Nîmes. Había fallecido M. Durand. Cuando la noticia fué recorriendo los periódicos franceses y los ingleses y los prusianos y los rusos y los italianos y los yanquis y hasta los annamitas—si en tal fecha los indochinos tenían

papeles públicos—, fué surgiendo en todos los países una dolorida serie de lamentaciones. Todas las personas adineradas y cultas que entonces viajaban, y que habían estado en Nîmes, sentían por M. Durand la más rendida y obstinada admiración.

En realidad, el noventa por ciento de los turistas recordaba confusamente el óvalo estupendo de las *Arenas*, y no sabía bien si eran hojas de olivo ó de loto las que forman los capiteles de las columnas corintias del templo de Cayo y

Lucio, y hasta, recordando los cuadros del Museo, confundían la *Magdalena*, de Guido Reni, con el *Retrato de la madre de Vanloo*; pero ¿quién de ellos podría haber olvidado las obras estupendas é insuperables de M. Durand?

Se iba á Nîmes á entrever y á reconstituir con la fantasía el espíritu de arte y de grandeza del poderío augustano, que allí ha quedado prendido y perpetuado en los bloques de granito y en los torneados mármoles, y á poco de llegar á la ciudad romana, aunque fuese día de correr toros

y llenase las calles la desbordada alegría de la fiesta, como antaño cuando los gladiadores iban á medir sus armas, el extranjero no tenía ya espacio en las capacidades de su admiración sino para M. Durand y su sabia cohorte de ayudantes, que, como una fastuosa Academia de Lúculo y Heliofáballo, hacía una religión del halago del paladar y del contentamiento de las fauces. ¡Y así, toda una gloriosa vida de ochenta y tantos años! Su fama llenaba Europa y repercutía en los demás continentes.

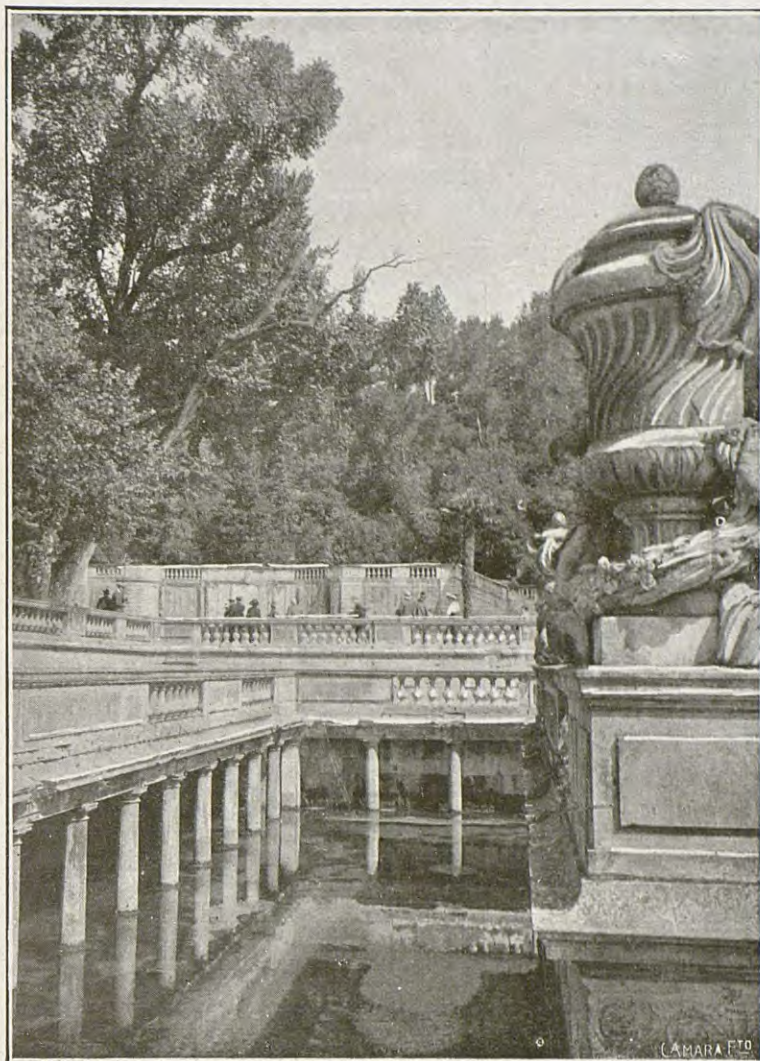
M. Durand era humilde y modesto. Huyendo del estruendo bullanguero de París, de las fiestas turbulentas, de los palacios de los grandes señores, donde ya en su mocedad se le reclamaba,



El circo romano de Nîmes



Ruinas del templo de Diana, en el parque de Nîmes



Lugar denominado "Los banos", en el parque de Nîmes

se refugió en la *Colonia Augusta Nemausensis*, y puso su tenderetillo de guisar en la calle de Nuestra Señora. Bien pronto comenzó a ser el sencillo cocinero uno de los monumentos más notables de la ciudad, que se mostraba al extranjero par á par de los edificios romanos, y como digno remate de los recuerdos históricos que mascullaban los *cicerones*... «Aquí estuvo Julio César; por esta puerta entró Croco, el jefe de los vándalos; hasta aquí llegaron los sarracenos; por este muro comenzó el incendio de la ciudad, realizado por Carlos Martell; fué aquí donde juró Pepino el Breve...» y aquí fué, en esta tabernilla, donde comenzó a hacer sus guisos M. Durand...» Todas las glorias parangonables quedaban encerradas en ese breve relato.

Claro es que toda evocación es deficiente, porque las obras del arte culinario, como las de los oradores y los comediantes, no se conservan sino en la memoria y en la gratitud de quienes las gozaron; pero el mundo entero, en un

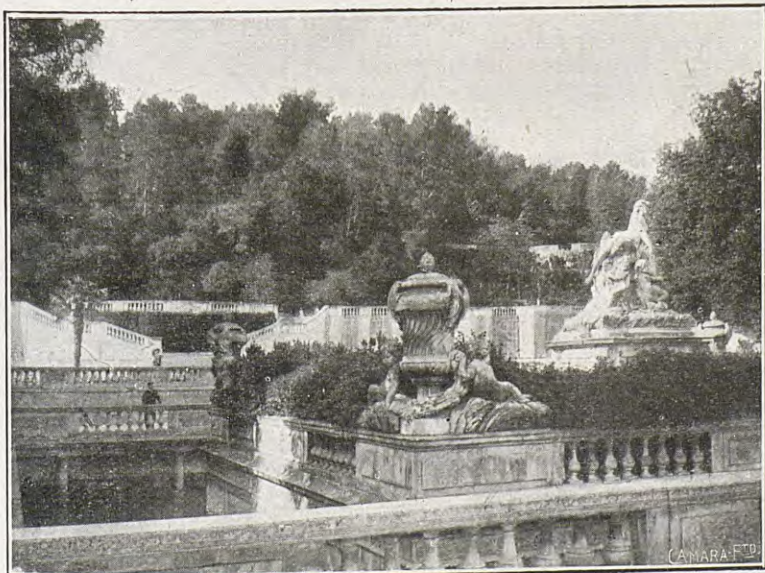
transcurso de sesenta años llegó á convencerse de que nadie había podido superar la milagrosa habilidad con que abastecía una mesa M. Durand. Mago, taumaturgo, hada de las sartenes y los peroles, este hombre poseía un don singular. Frente al fogón, inventaba, creaba, improvisaba, llegaba á las más estupendas transformaciones. Como un poeta, rimaba los vegetales y las carnes, los peces del mar y las aves del cielo en una suprema armonía de sabores y aromas cuya existencia nadie había llegado á suponer. Luego este hombre singular, cuando aparecía ante los comensales agradecidos para recibir sus felicitaciones, contaba sencillamente la hidalga historia... ¡Psehl! ¡La cosa no tenía importancia!... Llegó Napoleón á este restaurant cuando regresaba de la campaña de Italia. Había mirado cara á cara las gradas del Anfiteatro y los muros soberbios del Templo de Diana, y el gesto desdeñoso de sus labios contraídos probaba que todo le parecía inferior á su gloria...

Llegó aquí con sus generales y pidió de comer, rápidamente, sencillamente... Cualquiera cosa, en cinco minutos... Napoleón tenía entonces la coquetería de la frugalidad... Le serví unos huevos, con una salsa, con unas trufas picadas y unos sesos de pescado... Una receta antigua, de la decadencia romana, y Napoleón comenzó á comer... «—¿Qué es esto?»—decía—. «¿A qué gloria sabe esto?»—Y se comió las raciones de sus generales, que le miraban estupefactos... Me llamó luego, y me propuso que me fuese con él... Yo dudé, vacilé; pero, al cabo, dije:

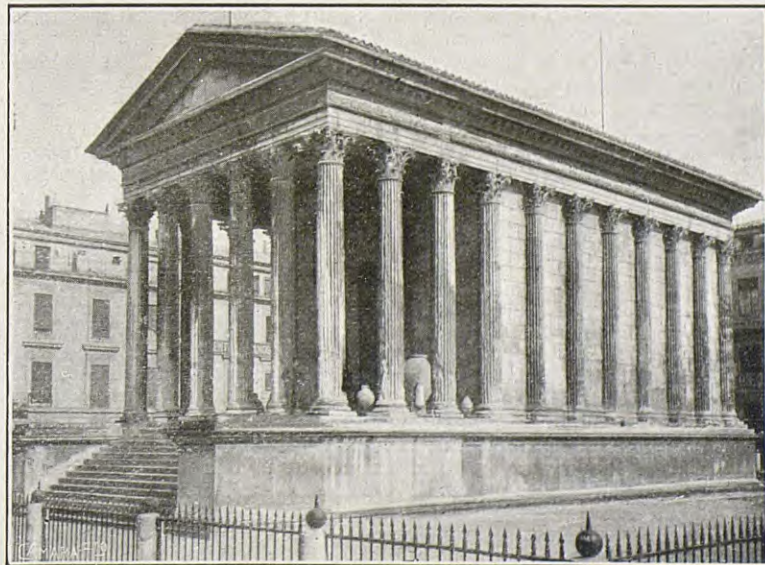
—¡Oh, mariscal; no puedo, no puedo! Me lo impide mi deber de buen ciudadano... ¿Qué sería de Nîmes sin mí?

Napoleón me estrechó la mano, y me dijo: «—Es verdad. Haces tú por la ciudad tanto como hiciera Augusto que la fundara.» —Y sé— agregaba el milagroso cocinero—que Napoleón me recordó toda su vida.

MÍNIMO ESPAÑOL



Un aspecto de los jardines



El Museo de Nîmes

CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL HÉROE

Fué en los días turbulentos é involuables de Mayo. Italia entera temblaba con la inquietud materna de toda anunciación. ¿Qué camino elegir? La hora de su renacimiento ó de su muerte había sonado. Todas las miradas se clavaban ávidamente en el obscuro porvenir... Entonces, el verbo de fuego de D'Annunzio prendió en Quarto la tea del entusiasmo bélico, y de corazón en corazón voló la llama. El dado se lanzó al azar, é Italia entró en la guerra.

Un mismo correo trajo á Gabriel Sachetti la orden de incorporarse á filas y la carta de la novia, desde Civita-Vecchia, alentándole en los momentos decisivos y jurando esperarle si marchaba á la frontera, pero sin poder ocultarle la melancolía de su espíritu, la angustia que llenaba su corazón amante estrangulado de dolor ante la perspectiva sombría de una ausencia quizá definitiva.

De un momento á otro esperaba el artista aquellas nuevas, y, sin embargo, cuando concluyó la lectura del aviso oficial que reclamaba su presencia, la cabeza de Gabriel abatió su arrogancia sobre el pecho, se le oscureció el rostro y, de su cráneo, el pájaro azul levantó el vuelo hacia la «villa» donde la prometida apuraba la amarga copa de la separación. De Civita-Vecchia, su pensamiento prosiguió, en suave planeo, hacia Milán; ya allí, se detuvo, como de costumbre, sobre «la Scala», Meca de los fervores de su alma, creyente en la religión universal y eterna del arte, ensoñada. Cólquida de su jasoniana voluntad que le ofrecía, lejano, pero cierto, el vellocino de oro de la riqueza y de la fama. Pensó en sus dos amores—ella y la gloria—; pensó en su juventud, risueña bajo los más bellos auspicios; pensó en la vida, plétorica de codiciables encantos que, como una virgen que se entrega, se le brindaba, propicia; y por unos instantes, ante la idea de partir, de no volver, acaso, tuvo miedo.

La noche había tendido ya su manto lunar sobre la Ciudad Eterna. De la calle llegaban los gritos anhelantes, frenéticos, de los vendedores de periódicos, en los que había aquella noche algo más que un humilde afán mercantil por despachar pronto los diarios aun frescos de la imprenta; estas voces sacudieron el abatido ánimo del barítono—desconocido todavía—, incitándole á poner la última cláusula en el testamento espiritual poco antes comenzado; por ella, Gabriel Sachetti, relegando á segundo término sus más arraigados amores, sacrificaba, sin titubeo alguno, su vida por la unidad italiana, por la redención del Trentino, por la patria—sentimiento latente que existía en su pecho desde la tierna edad y que otros ideales más próximos y accesibles habían mantenido oculto hasta entonces, como postergado en su alma apasionada y primitiva; á veces él mismo lo había disimulado, y aun negado en público, con ese inconsciente poder con que los hombres reservamos de las mi-

radas ajenas las más puras voliciones de nuestro espíritu.

No había tiempo que perder. Ordenó sus papeles de música, sus libros, sus objetos de arte, sus retratos y sus ropas, decidido á dejarlo todo bajo la custodia de su amada. Durante esta operación, la luna había invadido su *garçonnère*, exaltando con sus velos suaves la melancolía que ofrece en su desorden la habitación largo tiempo ocupada y que nos disponemos á abandonar, tal vez para siempre. Antes de partir, Gabriel se asomó por última vez al balcón, saludó ceremoniosamente á la luna, como si se despidiera de una bella vecina, y salió.

Aquella misma noche sus futuros suegros le invitaron á cenar en Civita-Vecchia, al lado de su novia, que le miraba, enamorada y doliente, á través de sus lágrimas inacabables.

Tres tertulianos faltaban en «el Conclave». Habían sido movilizados precipitadamente, no restándoles tiempo para acudir á la reunión regular que, bajo el cardenalicio título, se refugiaba todas las noches en un saloncillo íntimo, familiar, propicio para las ensoñaciones de arte y las fraternidades ideológicas, en el antiguo café del Quirinal, de Roma. A excepción de dos ó tres amigos, meros espectadores de la Belleza, todos eran artistas; todos ellos dentro de esa dichosa edad en que, cerrada aún la caja de Pandora, cada uno, lleno de esperanza, se cree en posesión de la Nerdad, dueño del triunfo, conquistador del porvenir..., no habiendo quien,

justificadamente, pueda desmentirlo.

Gabriel Sachetti era, por su condición de cantante, «el niño mimado» de la tertulia. Poetas, pintores y filósofos atendían preferentemente al futuro subyugador de públicos, como si se tratase de un hermano menor, convaleciente eterno. Si se abría una ventana y él tosía, todos se apresuraban á cerrarla de nuevo; si al encender sus amigos los aromáticos cigarros, Gabriel hacía un leve gesto de fatiga ó de ahogo, los fumadores reprimían sus ansias, que guardaban para mejor ocasión. Gustaban de beber largamente vinos indígenas, de Falerno, de Chios, de Sorrento, y, á veces, generosos licores de las viñas de España y de Francia. Para él, suave, delicado á pesar de su corpulencia, cuantos le rodeaban tenían buen cuidado de pedir indefectiblemente una atemperante bebida de naranja: había que preservar de todo contratiempo aquellas preciosas facultades. Mas cuando el general afecto llegaba á los límites de la veneración, era cuando, en medio de la balumba de los recitales, las controversias, los relatos, las definiciones, los elogios y las censuras, alguien percibía que Gabriel, distraído, iniciaba *sotto voce* el aria ó la romanza de alguna ópera en estudio. Tácitamente, el observador primero daba el alerta á los demás, y todos, con el gesto,

imponíanse un mutuo silencio para no romper las interiores armonías que extasiaban al predilecto, en espera de que el barítono les regalase con las vibraciones de su voz.

Gabriel Sachetti tenía una traza nobilísima, por estirpe y por naturaleza. Hércules le había dado la fuerza; Apolo, la armonía graciosa de sus líneas; el Niño Arquero, la certera puntería de sus flechas. La Suerte, que gusta de perfeccionar sus obras—vertiendo de una vez la crátera del infortunio ó de la felicidad sobre cada pelele humano—, para que su dicha fuese perfecta, le puso en posesión de una herencia envidiable, le ungió artista y derramó, pródiga, á su paso, los manes de la simpatía. Era, en una palabra, un predestinado para el triunfo, un elegido de la gloria.

Aquella noche, á pesar de su personalidad absorbente, entre los contentulios del café del Quirinal, enardecidos como estaban todos por el fuego patriótico, su nombre compartía la general atención con el de los otros dos compañeros, llamados, como él, á sus regimientos respectivos. Los que aun no habían sido solicitados por la madre Italia, más que compasión hacia sus amigos por los rigores que les guardaba la guerra, sentían una generosa envidia de los que se apresaban ya á la lucha.

Firenzuola, el músico—el íntimo de Sachetti por su profesión y por su temperamento—, entró, ya tarde, en «el Conclave», con las últimas noticias: La muchedumbre, iracunda por el descubrimiento de unos espías tudescos, se dirigía en



aquellos instantes á la Embajada imperial, decidida, en su ciego furor, á convertir el edificio, donde poco antes había tremolado la bandera ahora enemiga, en pasto de su sagrada cólera.

—¿Y de Sachetti?...

—Le he visto camino de la estación. Ha ido á despedirse de su novia. Al amanecer se incorporará al 9.º de *bersaglieri*, y parte hacia la frontera.

—¡Dichoso él, que va de los primeros!

—¡Qué suerte! Batirse como él... Quedará como un bravo.

—¡Claro! No habrá en su regimiento muchos que le igualen...

—Como aquí en la paz.

—Como en todas partes.

Sus contertulios le imaginaban ya con su airoso uniforme de cazador alpino, cantando bajo la metralla enemiga, al aire la pluma del chambergo agujereado por las balas austriacas. Y le envidiaban, impacientes. Sin duda alguna, Gabriel Sachetti era un hombre afortunado.

ooo

Frecuentemente, los partes oficiales, la Prensa, y alguna lacónica postal, llevaban á los asiduos del «Conclave» que aun permanecían en Roma, noticias de los expedicionarios. Uno de ellos fué herido, el 4 de Julio, en Montfalcone. Otro, por su pobreza, por su condición de enamorado no correspondido, por su absoluto desprecio de la vida—como divorciado que estaba de la misma—, buscaba, en vano, la muerte en uno y otro combate. Asistió á varias acciones, y de todas salió incólume. Gabriel, por su parte, peleó en Gradisca, compartió con los denodados cazadores de su regimiento la gloria de ocupar la meseta Carso; pasó, ebrio del triunfo, el Isonzo, como si fuese Italia entera la que penetraba con él en territorio austriaco; por último, cayó herido de gravedad, más heroicamente, en Radipuglia, el 24 de Julio. Tras la primera cura, hecha con toda precipitación en el mismo lugar de la batalla, el barítono fué trasladado á Udine.

Por las mañanas, la amplia sala del hospital donde Gabriel y los compatriotas que, como él, habían caído frente al secular adversario, sanaban de sus heridas ó esperaban de un momento á otro sus desposorios con la muerte, se llenaba, á la anhelada hora del correo, de amables evocaciones familiares, más confortantes, sin duda, que los caldos y los tónicos con que fortalecían su debilidad los primeros héroes de la guerra. Sachetti fué, durante aquella postración forzosa, de los que más demostraciones de afecto recibieron de los suyos interesándose ávidamente por el estado de su quebrantado vigor. Desde el puerto donde su novia lloraba desconsolada la pena de saberle herido, desde Roma, desde su ciudad natal, el artista recibía efusivas cartas alentadoras cuantas veces lo permitía la irregularidad de la correspondencia. Después de dos semanas, ante su obstinado silencio, los solícitos consignatarios de las misiones se le quejaban doloridos del mal pago que su indiferencia daba á sus justos afanes por saber de él. A las combinaciones de todos, que le prometían un cariñoso rencor por su mutismo para el feliz día del retorno, respondió, al fin, el herido con breves epístolas, donde ambiguamente excusábase de no ser más explícito sobre la importancia de su percance, pretextando para ello la proximidad



de la fecha en que sería repatriado á Roma con licencia por enfermo. La angustiosa parvedad de sus palabras tenía su compensación en la noticia que daba de su ascenso á oficial por méritos de guerra. La carta que dirigía á sus amigos romanos, terminaba rogándoles siguiesen acudiendo al saloncillo de las inolvidables tertulias; iba á Civita-Vecchia; pero, apenas se lo permitiese el estado de su salud, se presentaría en «el Conclave», como en los días no lejanos de la paz.

ooo

La necesidad de comentar con enardecido ánimo el victorioso avance de las armas peninsulares hacia el interior del vecino Imperio, había reunido aquella noche á la plana mayor de los artistas en el apartado rincón del «Conclave». Como siempre, el recuerdo del barítono herido flotaba sobre las palabras de todos; los amigos, cada vez más impacientes por verle, por oír de sus labios la relación de sus hazañas, sus impresiones palpitantes, vívidas, del frente, pensaban ya emprender un paseo á la ciudad próxima, donde le suponían feliz bajo los amorosos cuidados de su prometida.

Tras una larga y vibrante discusión sobre estrategia, á la que, con igual entusiasmo todos ellos, cada uno aportó su sólido saber, su clarividencia ó el fruto de su reciente estudio, los amigos callaron por algunos momentos; los mil ruidos del café llegaban claros y distintos á lo largo del pasillo á cuyo extremo se hallaba situada la estancia destinada por el dueño del establecimiento para tertulia de los artistas. El cho-

que seco y monótono de unas bolas de billar con otras, y el pesado golpe del taco sobre la madera del pavimento, en el amplio salón de la planta alta; y de allá abajo, el tintineo metálico de las cucharillas y el cristalino rumor de las tazas, de las botellas y de los vasos; alguna palabra de las conversaciones lejanas, una puerta que se abre, un parroquiano que llama al mozo, el incisivo clarín de alguna silla al rozar el suelo... Entre todo este incesante ir y venir, los tertulianos percibían claramente el ruido de unos pasos aproximándose. No era el audaz, resuelto y rítmico del barítono oficial de *bersaglieri*; los otros dos soldados del «Conclave» permanecían en la frontera. Tampoco era el paso del viejo camarero, lento, aunque quería ser precipitado, y que producía un extraño arañar del suelo al arrastrar los pies, materialmente deshechos durante treinta años de servicio en la misma asendereada profesión. ¿Quién podía ser, pues, la persona que, á pasos torpes, desiguales, avanzaba hacia el último saloncillo por el largo y mal alumbrado corredor? Vuelto hacia la puerta, expectantes, aguardaban todos que la presencia del intruso descifrara el enigma. Unánime aclamación—de asombro, de alegría, de sorpresa, de admiración, de pena, confundidos—acogió la llegada de Gabriel Sachetti. Su cabeza destocada tenía una noble expresión de dolor; sobre su pecho, inclinado hacia adelante, lucían dos condecoraciones, recuerdos de los primeros encuentros; en las bocamangas de la guerrera, las insignias de primer teniente; su mano derecha, de la que pendía á lo largo del cuerpo el amplio sombrero de ancha ala y rizada pluma, se apoyaba

en un resistente bastón; bajo el brazo izquierdo, una pesada muleta le afirmaba en la posición vertical. A la altura del tercio superior, el cirujano le había amputado la pierna izquierda en sus silenciosos días del hospital de Udine.

—¡Eres un valiente!...

—¡Ven acá, héroe, que te abrace!

—¡Viva Italia!

Con fraternal efusión, los amigos se empujaban por abrazarle, se apretujaban contra él, le aclamaban, alegres, gozosos de tenerle, por fin, entre los brazos, y, sobre todo, embriagados con la gloria que su decaída figura transcendía.

Cuando Firenzuola, el músico—el predilecto de Gabriel Sachetti—, pudo llegar hasta él para abrazarle igualmente, el héroe, dejando caer la cabeza sobre el hombro del amigo íntimo, que le recibía triste, abatido, silencioso, en voz baja, casi imperceptible, murmuró á su oído:

—¡Tú, tú sólo me comprendes!

Las voces de triunfo de los demás sonaban en su alma coja, truncada como su pierna, como el epitafio de su vida. El tardo sirviente acababa de subir unas botellas de champán que se le habían pedido para celebrar el regreso del *bersaglieri*.

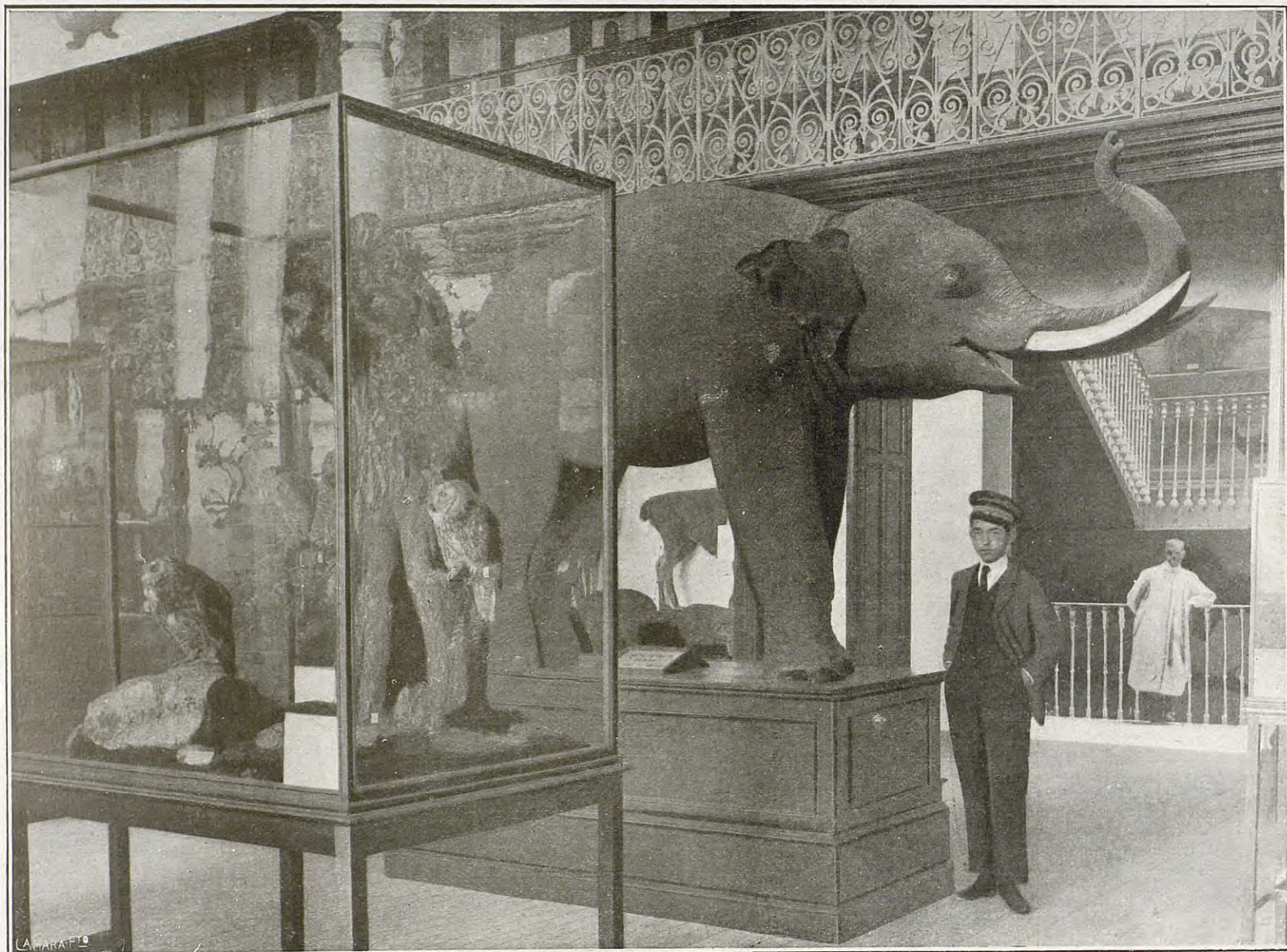
—¿Beberás esta vez? Una excepción, por la victoria, por Italia, por Francia...

—Ahora... ¡Ya puedo beber siempre!—y señalaba con sonrisa triste su cuerpo mutilado, en alto la copa rutilante. Brindaron.

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE RIBAS

UN MUSEO POR DENTRO LO QUE EL PÚBLICO IGNORA DEL DE HISTORIA NATURAL



Una vista parcial de la sala grande del Museo de Ciencias Naturales

Son muchas las personas que visitan el Museo de Ciencias Naturales, ó de Historia Natural, como más comúnmente se le llama. Con cierta iniciativa, su director, el Dr. Bolívar, al llevar este centro de cultura al que fué Palacio de Bellas Artes, ha sabido darle un carácter ameno y atrayente, y, por añadidura, lo ha rodeado de sencillos pero bien cuidados jardines que, en las tardes de sol, son lugar de esparcimiento para numerosos paseantes, grandes y chicos, de los cuales son pocos los que resisten á la tentación de entrar «á ver los bichos». Estos visitantes, sin embargo, no conocen todo el Museo. Ven los gamos y los rebecos que sucumbieron al plomo de regía escopeta; ven el hermoso toro regalado por un duque ganadero, y el colosal esqueleto del diplódoco, debido á la opulenta esplendidez del multimillonario yanqui; ven, en fin, los lindos grupos en que el arte de los hermanos Benedito retrató fielmente las

costumbres de aves y de alimañas; pero no ven lo que podríamos llamar los bastidores del Museo, que es precisamente lo más interesante, bajo muchos aspectos. Así como en un teatro hay una parte que se ofrece al público, y otra, mucho mayor y más complicada, que se le oculta, y que comprende los ensayos, la sastretería, el trabajo de los escenógrafos, etcétera, etc., así también en un Museo bien organizado, detrás de las salas abiertas á la gente, existe todo un mundo de laboratorios, talleres y bibliotecas, en el que se trabaja incesantemente. Los ejemplares que se exhiben en las vitrinas tienen antes que ser estudiados y clasificados convenientemente, y esto, que es fácil cuando se trata de especies muy comunes, en otros casos exige el trabajo de especialistas, que necesitan hacer un estudio comparativo, examinar otros ejemplares, consultar libros, acaso pedir datos á museos del Extranjero. Estos últimos, á su



Laboratorio de vertebrados.—Departamento de mamíferos y aves

vez, se dirigen también al nuestro en solicitud de noticias ó de animales que ellos no tienen, y de este intercambio científico nace una mayor complicación del trabajo, que exige los servicios de numeroso personal.

Los laboratorios se encuentran repartidos entre el piso alto del Museo y los sótanos. En éstos, á ambos lados de la sala del diplódoco, pero aislados de ella por corredores á cielo abierto, para evitar el peligro de un incendio, se hallan los cuartos donde se guardan las colecciones de estudio en alcohol: peces, reptiles, crustáceos. Arriba, están las colecciones entomológicas y las series de mamíferos y aves en piel, para estudio, cambios con otros museos y reposición de la colección pública. La de insectos es, por lo numerosa y bien conservada, una maravilla. De ella forma parte la de mariposas europeas, del profesor Siebold, sabio especialista extranjero y coleccionista infatigable que, al llegar á una edad avanzada, no pudiendo ya dedicarse á sus lepidópteros, determinó regalarlos al Museo de Madrid, «por ser—dijo—el que mejor cuida la colección de insectos». Un vagón de mercancías entero ocupaban las cajas de mariposas que componen tan espléndido obsequio.

El laboratorio de mamíferos y aves también es muy interesante. En él hay muchos ejemplares disecados, como los que se exhiben al público; pero el grueso de la colección de estudio está «en piel». En armarios herméticamente cerrados, bien defendidos de la polilla por naftalina y otras sustancias insecticidas, se guardan centenares de pieles, dobladas las muy grandes, ligeramente rellenas las pequeñas, conservando la forma del animal recién muerto. Hay allí series numerosas de preciosos pájaros exóticos, regalo de viajeros naturalistas extranjeros, como

Boucard, Ricord y Holub; numerosos roedores y pequeños carnívoros, obtenidos por los zoólogos nacionales en sus expediciones por España y por Marruecos, y, sobre todo, la rica colección hecha durante el famoso viaje al Pacífico, en los días de Isabel II.

En los laboratorios no sólo se trabaja para el Museo mismo, sino también para aquellas personas que, por diferentes conceptos, solicitan sus servicios. Un día es el agricultor, que desea obtener informes sobre tal ó cual plaga del campo; otro, el ingeniero, que quiere conocer la constitución geológica de un terreno, ó el propietario, que ha encontrado restos fósiles en una de sus fincas, ó el escultor ó el pintor, en fin, que buscan en la fauna ó la flora inspiración para algún elemento decorativo. A todos ellos se les atiende solícitamente; á todos se procura proporcionarles los datos ó noticias que necesitan, y todo ello gratuitamente, sin esperar otra remuneración que algún ejemplar: un insecto, un ave, un hueso fósil, que venga á aumentar las colecciones nacionales. Claro es que éstas

no se forman solamente así; su principal aumento se consigue por cambios con otros museos, por medio de expediciones de recolección que organizan el mismo Museo ó otras entidades, ó por compra á comerciantes que se dedican á este negocio en todas las naciones, desde Inglaterra hasta el Japón; pero los donativos entran en una considerable proporción en los medios de crecimiento del Museo.

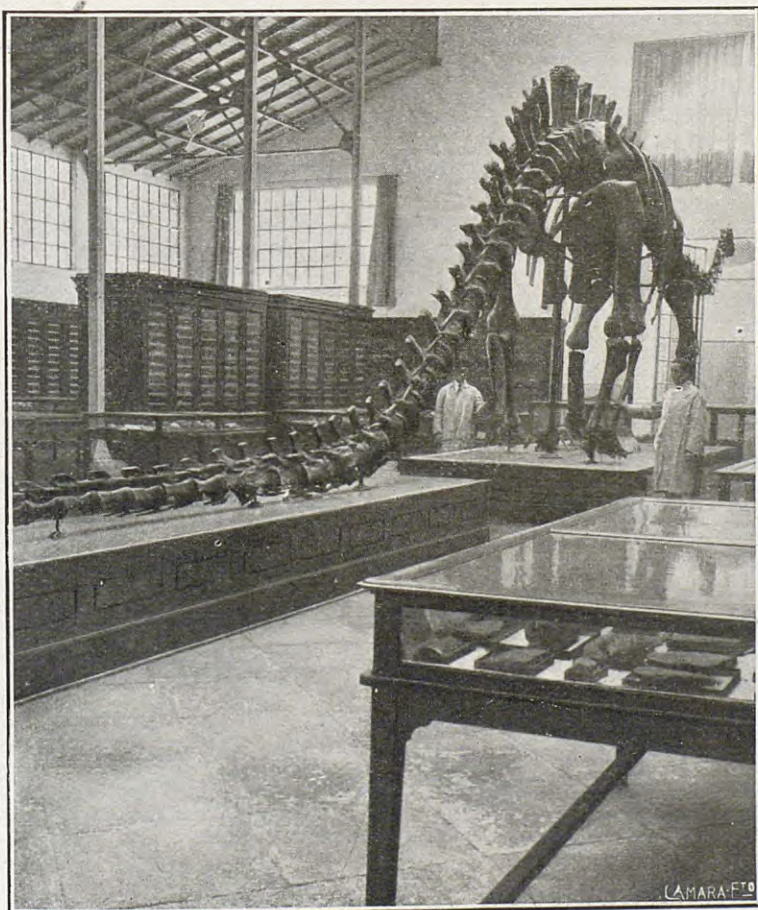
Contiéndose en éste, tanto en las colecciones de estudio como en las públicas, algunos tesoros de verdadero valor, material unas veces, y otras científico ó histórico. El famoso esqueleto del megaterio, de que hablan todas las Guías de Madrid, y que era en gran parte artificial, ha perdido toda su importancia junto al diplódoco de Carnegie y los restos de elefantes encontrados en España por el marqués de Cerralbo; pero todavía merecen citarse la colección de minerales hecha por el célebre Humboldt, ó la de animales africanos procedente de la confiscación de bienes del infante Don Sebastián, ó el elefante de Sumatra, que vivió algún tiempo en Aranjuez, y cuya piel y esqueleto son todavía la admiración de los paletos.

Hay, en fin, recuerdos de carácter taurómico. Entre los cráneos de rumiantes que adornan las columnas del salón grande, figura el del toro que mató á *Pepe-Hillo*, y durante muchos años se ha exhibido la piel, hoy guardada en los laboratorios, del tigre muerto en la Plaza de Madrid, hace cosa de sesenta años, por el toro «Señorito». De donde acaso algún ferviente taurófilo se atrevería á deducir la influencia de la fiesta más nacional, como la llamó el conde de las Navas, en el adelanto científico.

ANGEL CABRERA



Uno de los departamentos de insectos



Salón del "diplodocus"



Un rincón del laboratorio de taxidermia

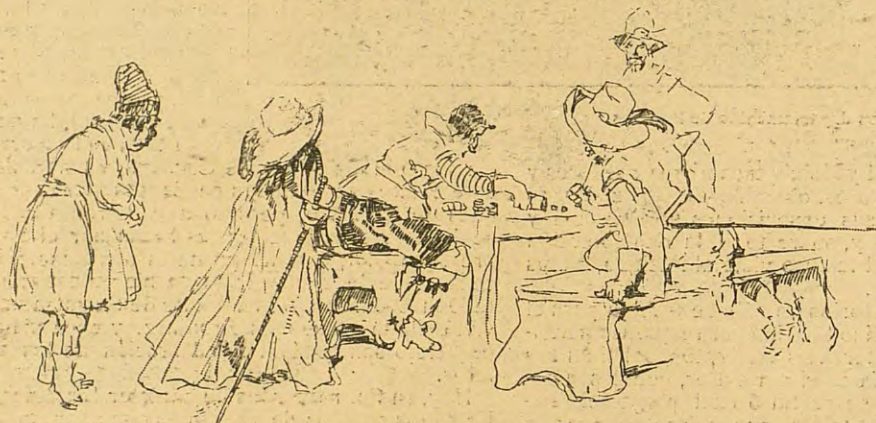
BAJO DE UNA BUENA CAPA SE OCULTA UN MAL JUGADOR



Con gallarda altanería
y retador ademán,
en la famosa Hostería
del Laurel, entra Don Juan.



—¿Jugáis?—pregunta un bribón.
—Juego—contesta al bergante
el hidalgo—el corazón,
si la bolsa no es bastante.



La Fortuna ambicionada
es con Don Juan tan impía,
que le encuentra la alborada
con la bolsa ya vacía.



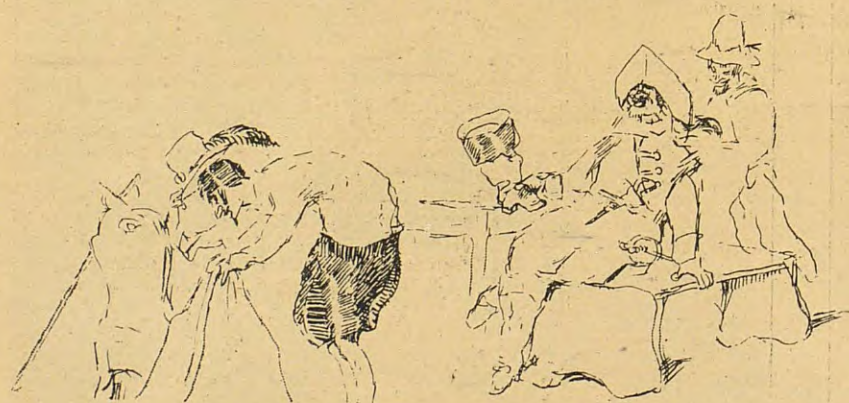
—¿No va más?—dice el bribón.
Y el otro dice: —Reniego
de mi suerte; pero juego
al primer golpe el jubón.



—¡Perdisteis!—grita el tunante.
Y el hidalgo: —¡Voto á tal!
Ahí van las botas de ante,
que son mi último caudal.



—¡Son mías!—dice el tahir—
igual que el jubón y el oro.
—Más perdió en Túnez el moro;
que os aprovechen... y ¡agur!



Ruidosamente gozaba
su buena suerte el bribón,
mientras Don Juan se quedaba
sin botas y sin jubón.



Sin blanca y sin un escudo,
vuelve la espalda al truhán,
y, aunque va medio desnudo,
¡no deja de ser Don Juan!

MIRANDO AL PASADO



LA CUESTA DE LA VEGA

Es tan antiguo este paraje madrileño, que en nuestro vocabulario existe un modismo que dice: «Más viejo que la cuesta de la Vega.»

Por tal razón no hemos ahora de reflejar la historia antiquísima de su puerta famosa, por la cual dicen que entró Alfonso VI cuando se posesionó del recinto moro.

Lo cierto es que, destruida la puerta, se alzó allí un portillo del mismo nombre, el cual han conocido nuestros antepasados, puesto frente a la casa de Benavente.

Esta casa y la del Platero—así nombrada porque en ella vivía un artífice nombrado Santos—eran las últimas de la villa por este lado y las que se apoyaban en la barbacana que bajaba hasta el campo de la Tela, pasando por bonitos jardines y pintorescos escalares, desde los que, como al presente, se abarcaba un bello panorama.

Sucesivamente, esta casa del Platero se habilitó para Caja de Amortización, Crédito Público, Colegio Naval y Tribunal de Cuentas.

También en un tiempo vióse allí la casona del marqués de Malpica, por cuyo jardín atravesaba parte de la antigua muralla. Ella daba nombre a la calle que se abría junto a la plazuela de los Pajes, donde el pretil de Palacio que comunicaba con el hospital de la Merced y de la Caridad. Y existían, juntamente en tal lugar, las otras calles de Pumar y de Santa Ana.

Desaparecidas estas vejeces, transformóse, en parte, la cuesta de la Vega, cuando la prolongación de la plaza del Mediodía, hasta buscar el perfil de la calle de Segovia.

Poco después, el duque de Osuna presentó al Ayuntamiento un proyecto para hacer una suave y elegante subida a las Vistillas; pero el Concejo, ante la cobardía de expropiar ciertos edi-

ACERO ESPAÑOL

Del arca legendaria desenterré el acero
da guarnición labrada y de hoja damasquina;
su forja tiene el temple viril del Romancero,
y lo esgrimió un hidalgo de Tirso de Molina.

Acuchilló muslimes en épico combate,
entre el ferrado puño de un señor de mesnada;
en lances cortesianos lo desnudó un abate,
y el pícaro Pablillos en una encrucijada.

Retoños de su hoja fueron las jabalinas,
que ennobleció la hazaña gloriosa de Guzmán,
y con él han raptado dos mujeres divinas:
en Granada, Gonzalo, y en Sevilla, Don Juan.

En el escudo patrio sonó con golpe seco
su empuñadura, frágil como mística joya,
sobre el pecho de un grave caballero del Greco:
flor bizarra en la mano de una maja de Goya.

Con él marcó Pizarro una gloriosa raya,
rubricando el poema del coloniaje hispano;
¡con él ganó el cadáver del Cid una batalla,
y armóse caballero Don Alonso Quijano!

Miguel PELAYO

ficios, se encogió de hombros y dejó el cerrillo en el estado lamentable que siempre le hemos visto.

Siendo alcalde el marqués de Sardoal, decidióse a derribar ruinosos paredones y ensanchar la calle de Bailén.

Cuando otro alcalde, Abascal, autorizó la edificación de la iglesia de la Almudena, modificóse este rincón, con el consiguiente prolongamiento de la calle Mayor.

En el recodo de la primera rampa, y encajada en el muro, estaba, allá por el año 1830, la hornacina primitiva donde se guardaba la efigie de la Virgen de la Almudena, que luego, en 1888, se trasladó a la cripta. Días aquellos de los conciertos en el circo de Rivas y de las audiciones de *Carmen* en el Teatro de la Zarzuela.

Parte abajo, hemos alcanzado a ver el cuartel de la Escolta Real, que en 1833 sirvió para cuerpo de guardia de la caballería que prestaba servicio en Palacio.

Ultimamente se embellecieron aun más aquellos contornos, y se ajardinaron con moderno gusto y decoro.

Pero, en las tinieblas de la noche, desdibujados en la sombra los edificios, surge el pasado con el recuerdo de las huertas del Pozacho y de las trágicas procesiones de la Inquisición, que desde allí se trasladaba a su palacio de la calle de Torija.

Los capiteles de la cripta de la Almudena, esfumados, semejan cubos del primitivo portón. Tras los farolillos de la imagen parece que ha de encontrarse el puente levadizo. Y hasta el centinela del palacio del infante Don Fernando, enfundado en su capote, se nos antoja un moro conquistador.

ANTONIO VELASCO ZAZO

NOTAS CIENTÍFICAS

LA HOGUERA SOLAR

DESDE que el florentino Armatí inventó las gafas para modificar los defectos de la visión, al terminar el siglo XIII, varios ópticos, holandeses casi todos, y establecidos en la ciudad de Middelburgo la mayor parte, hablan en sus Memorias del partido que se puede sacar de las lentes como instrumentos auxiliares de los ojos, bien para ver agrandados los objetos pequeños y cercanos, bien para acercar la imagen de los grandes y muy alejados.

Roger Bacon, Fracastor, J. B. Portu, Jansen y Liperskey todos construyeron lentes, todos estudiaron la marcha de la luz á través de ellas, y todos hablan en sus escritos de instrumentos portentosos que han de agrandar el límite de la visión.

Mas parece ser que la combinación de las dos lentes, *objetiva*, la más cercana al objeto, y *ocular*, la próxima al ojo, fué inspiración de Santiago Mecio y de Galileo, quizá simultáneamente.

Hasta la época en que vivió este sabio de universal renombre, cuanto sabía la ciencia de los astros era consecuencia de la observación á simple vista. Y no se vaya á creer que era poco el caudal científico. Lo fundamental, la base y cimiento del edificio estaba ya bien afirmado, pues las leyes de Keplero se dedujeron de las observaciones de Tico, hechas con fórmulas, y de aquellas leyes se deduce la que todo lo abarca: la gravitación universal.

Mas al dirigir el primer antejo á los cielos, sin duda que Galileo quedó pasmado y en arrebato de adoración al creador de tanta maravilla.

El vió, sin darse punto de reposo, las manchas del Sol, y trató de medir su rotación; las montañas de la Luna, cuya altura calculó también; los satélites de Júpiter, que en perfecta alineación ecuatorial acompañan al gran planeta,



Retrato de Copérnico, por Joan Mateyko

y, al fin, las fases de Venus, brillante comprobación de la verdad del sistema del mundo discurrido por el canónico de Thorn, el inmortal Copérnico.

Desde entonces se sucedieron vertiginosamente los trabajos de investigación para averiguar la naturaleza de los cuerpos celestes, y por de contado que el Sol excitó en mayor grado que ningún otro astro la curiosidad científica.

Hoy, con los modernos instrumentos, con esos potentes anteojos y telescopios que, cual el de Melbourne (en la región inferior de la plana reproducida), recogen enormes cantidades de luz por sus anchísimos objetivos y espejos, cabe amplificar mucho las pruebas fotográficas y especificar detalles verdaderamente sorprendentes.

El grabado de la superficie solar, que en esta misma plana reproducimos, lo muestra bien á las claras. El inmenso globo es una hoguera inextinguible, cuyas llamas ó dardos quedan impresos en los puntos blancos, representativos de esa granulada planicie.

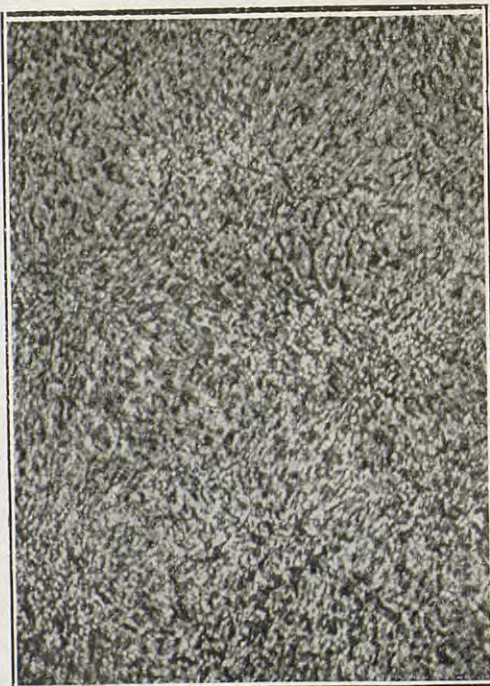
Cerca del borde, y en las proximidades de las manchas del Sol, esos puntos brillantes se alargan, cual si las llamas fueran atraídas por la condensación á que dan origen dichas manchas. No vaya á creerse que los dardos de la hoguera solar, cuyas puntas son las manchitas brillantes, son la única manifestación de la actividad solar. Lo que representa el grabado es el estado de quietud relativa de la hoguera. Frecuentemente, de ésta es lanzada la materia en llamas más altas ó *fáculas* (manchas blanquecinas de mayor extensión y altura) y en forma de dardos que, compuestos principalmente de hidrógeno, alcanzan á veces una altura de 700.000 kilómetros.

Por cuatro partes puede considerarse constituido el Sol. En el núcleo, los metales y demás substancias contributivas permanecen

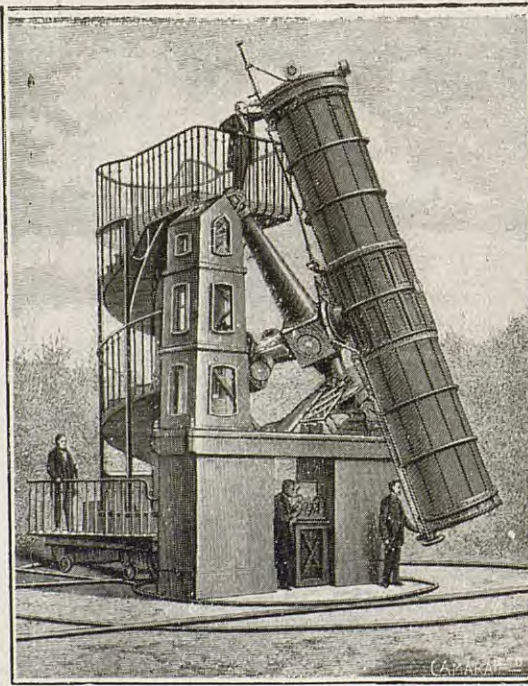
gaseosas, aunque de una densidad extremada, por lo menos en las capas superiores.

Por cima de él se halla la fotosfera ó región de la luz, desde donde se eleva la materia en forma de llamas, representadas en el grabado por sus extremos. Sigue á esta otra atmósfera la cromoesfera, formada por cuerpos más ligeros, donde predomina y forma una capa el hidrógeno. Y envolviendo el conjunto, se extiende la corona, de luz pálida y mortecina, constituida por materia disociada. Esta capa superior es sólo visible durante los eclipses de sol.

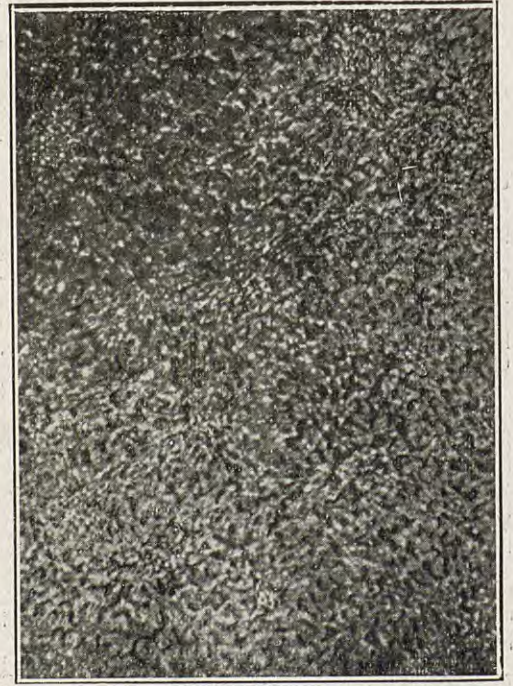
A pesar de la enorme pérdida de energía que su radiación continua representa, no hay miedo de que su temperatura de 6.000 grados mengüe. Basta para entretener este calor la contracción del astro, y quizá tan sólo un cambio de pequeña porción de la masa del astro: que del estado de disociación en que se halla, pase al equilibrio molecular ordinario con que se nos presenta la materia.—RIGEL.



Un aspecto de la superficie del Sol, según fotografía



Gran telescopio de Gmbb, perteneciente al Observatorio de Melbourne (Australia)



Otro aspecto de la superficie solar, según fotografía

ARTE RELIGIOSO

UN CRISTO PRIMITIVO

En todo país, lo que más atrae son las manifestaciones del arte primitivo; son ellas las que conservan el espíritu típico, las que lo revelan con toda la sencillez, con toda la ingenuidad, con un encanto inocente que toda la sabiduría artística no basta a suplir después.

He buscado siempre los cuadros de los pintores primitivos, italianos y flamencos, en los museos de Italia y de los Países Bajos, como la fuente más pura del arte pictórico, como el agua clara que, al esparcirse con mayor esplendor, se ha de enturbiar después.

Uno de estos viejos cuadros primitivos inapreciables lo he encontrado en el Museo Nacional de Lisboa. Es un *Ecce Homo*, y ante él pudiera también exclamarse: *He aquí al hombre*. Está allí el hombre divinizado en toda su realidad; con una disposición tan valiente, tan graciosa, tan original, que se aparta de todo lo ya visto. Sobre todo, es una de las pinturas portuguesas de más carácter e intensidad que se conservan. De época indeterminada, y de autor desconocido, este *Ecce Homo* del Museo Nacional es de los documentos más importantes para analizar el alma primitiva de Portugal en todo lo más genuino e íntimo. No se encuentra nada igual en pintura en las primitivas de otros países.

El carácter portugués se manifiesta sobre todo en la ausencia de contorsiones y de retorcimientos; hay en todo él un reposo, una calma que revela algo de dulce y de contemplativo, como un reflejo del artista: ese algo de su propia alma que pone en la obra y que hace tan dulce a Rafael, tan atormentado a Miguel Ángel, tan tétrico a Rivera y tan fastuoso a Rubens.

Muy real la pintura para la que ha servido de modelo el hombre vivo y sano, hay, sin embargo, en ella una mezcla de idealismo, conseguido por el misterio del lienzo blanco que lo envuelve y de la aureola y la cruz que se destacan del fondo negro en torno de la cabeza. «La precisión algebraica del arte grotesco vive en este Cristo portugués, mezclado con algo vago y difuso del arte de Carrière», ha dicho el crítico de arte



"Ecce Homo", admirable cuadro de la escuela portuguesa, perteneciente al siglo XV, y cuyo autor se desconoce. (Museo de Lisboa)

José de Figueirido. Yo, sin embargo, creo que, tanto por lo primitivo del procedimiento como por la unión religiosa, el sentimiento, la estabilidad, para buscar compañero a este cuadro hay que ir hasta Florencia y ver aquella virgen de Cimabue, tramo y principio del gran arte italiano.

En los primitivos españoles de este mismo tiempo había mayor valentía y dureza de color y de líneas. La vaguedad de contornos, la serenidad de las actitudes forman un contraste que diferencia con facilidad a los primitivos portugueses de los españoles. La concepción del sufrimiento de sus Cristos es distinta de la nuestra.

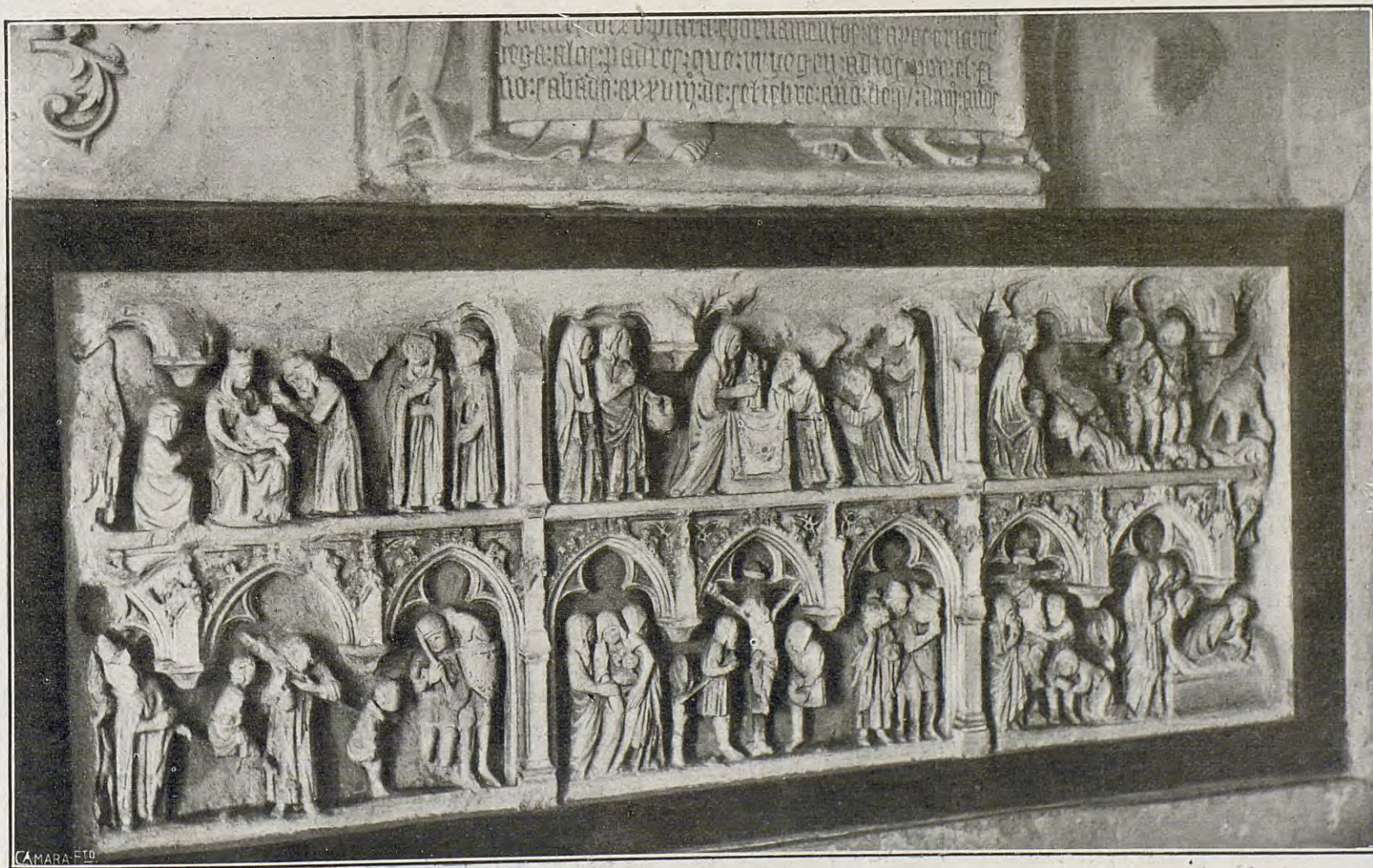
Hay en el Cristo portugués una tragedia interior, más psicológica y menos pintoresca. El Cristo sufre en su espíritu el dolor de los humanos, y los disculpa de su flaqueza fatal con una conmiseración dulce.

En los Cristos españoles es más vivo el sentimiento dramático, se trata de hacer ver más el dolor de Cristo, su sufrimiento físico, su martirio, y se ahonda en sus llagas para presentarlo más doloroso, más apiadable.

Hay algo de terrible, de pavoroso en este Cristo tan sereno y tan hermético. Su martirio físico se adivina sólo en la cuerda que va del cuello a sujetarle las manos, y en la corona de espinas que punzan el lienzo que le cubre la cabeza. Las manos le quitan divinidad. El pintor no ha sabido poner a tono su gesto con el gesto del semblante. Mientras que en éste hay dolor, en las manos hay indiferencia. Sus ligaduras no les hacen mal, y son completamente ajenas al drama.

Quizá de estos contrastes, de estos descuidos, de las imprevisiones ingenuas broten los mayores encantos de estos cuadros, su espontaneidad y su espíritu. El pintor ha tratado de aminorar el excesivo realismo de ese bello hombre triste, y ha divinizado su tristeza con el misterio que le da ese lienzo que cubre sus espaldas y sus llagas y que le vela los ojos, con tal maestría, que, sin haber pintado sus ojos, los ojos de este Cristo, parecen visibles, y hasta sentimos el efecto de la mirada dulce y larga que resbala sobre sí mismo y lo ilumina.

CARMEN DE BURGOS
(«Colombine»)



Frontal de piedra, de una sola pieza, obra del siglo XIV, que se conserva en la catedral de Burgos

FOT. VADILLO

AL MARGEN DE "LA CELESTINA"

(Carta abierta al Sr. D. Enrique Díez-Canedo)

QUERIDO Díez-Canedo: En el prólogo con que encabezas la edición popular de *La Celestina*, que acaba de publicar la Casa Editorial Calleja, escribes lo siguiente, acerca del escenario probable de los trágicos amores de Calixto y Melibea: «Traza *La Celestina* un animado cuadro de la España ciudadana de su tiempo. ¿En qué ciudad se desarrolla? Tampoco está claro; pero ha de ser en una villa principal, con río navegable: Melibea quiere «gozar la vista de los navíos». Esto ha dejado suponer que se trataba de Sevilla, única ciudad de España accesible a la navegación fluvial. El Sr. Foulché-Delbosc se inclina a situarla en Toledo; pero los más la fijan en Salamanca. A la verdad, las indicaciones que el texto proporciona son vagas. El detalle del río puede ser una libertad que el autor se permita. Pero cuesta trabajo imaginarse que un escritor tan objetivo en sus tipos no lo fuese en el lugar de la escena, y menos que llegase a la estilización. Hasta parece deponer en favor de Salamanca la declaración de los preliminares en que se dice: Yo vi en Salamanca la obra...» (TRAGICOMEDIA DE CALIXTO Y MELIBEA. — Casa Editorial Calleja. — Madrid. — Sin fecha. — Edición Enrique Díez-Canedo. — Introducción, página XXII.)

Hasta aquí tus palabras juiciosas, discretas y ponderadas. En efecto: el deseo de la dulce Melibea de gozarse la vista con la presencia de los navíos, desconcierta un poco. Pero cuando Parmeno cuenta a su amo Calixto dónde se halla la casita de Celestina—«Tiene esta buena dueña, al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada»—, ya nos añade un detalle más, que lo mismo puede referirse a Toledo, que a Salamanca, que a Talavera de la Reina, donde el bachiller Fernando de Rojas vivió una buena parte de su vida, y donde murió. Otros pormenores hay después, en el texto de la tragicomedia, que solamente pueden referirse a Salamanca.

Así, en el acto octavo, Calixto pide a Sempronio que les saquen las ropas, cuando tañen las campanas a misa del alba, para ir «a la Magdalena». En el acto oncenno torna a hablarse de la Magdalena, y Celestina nos cuenta de «la calle del Arcediano», donde quiere alcanzar a los mancebos, «y jamás he podido con mis luengas haldas». Pues la iglesia de la Magdalena y la calle del Arcediano—hoy calle de las Mazas—se encuentran en Salamanca, muy cerca del sitio donde una tradición oral perenne ha colocado la casita de Celestina «al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río».

Peña Celestina se llama en Salamanca a la cuesta que se alza a la izquierda del puente romano y de la Puerta del Río, sobre las tenerías, al Este de la ciudad y al remate de la vieja y típica barriada universitaria; los estudiantes conocen bien este sitio, soleado las mañanas claras y nítidas de invierno. Muy cerca de la Peña está la iglesia románica de la Magdalena, del siglo XIII, detrás del Colegio de su nombre, hoy Escuela Normal de Maestros. La calle del Arcediano, hoy de las Mazas, comunica el viejo Hospital de Estudios—hoy Instituto—con el Colegio de Trilingüe y con el convento de los Verdes ó de la Merced. El barrio era—y sigue siéndolo—lugar favorito de gente maleante y revoltosa. Yo te aseguro que si dieras una vuelta por Salamanca tu hipótesis se convertiría, ante el sabor castizo del barrio, en afirmación rotunda y categórica.

Un amigo nuestro, muy erudito y competente en estas materias, D. Francisco Maldonado Andrés, catedrático numerario de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Valladolid, me da otros datos, curiosos y peregrinos. Háblase en *La Celestina* de que el río se heló, de que en una avenida el río se llevó un ojo del puente, y en 1490 precisamente se heló el Tor-

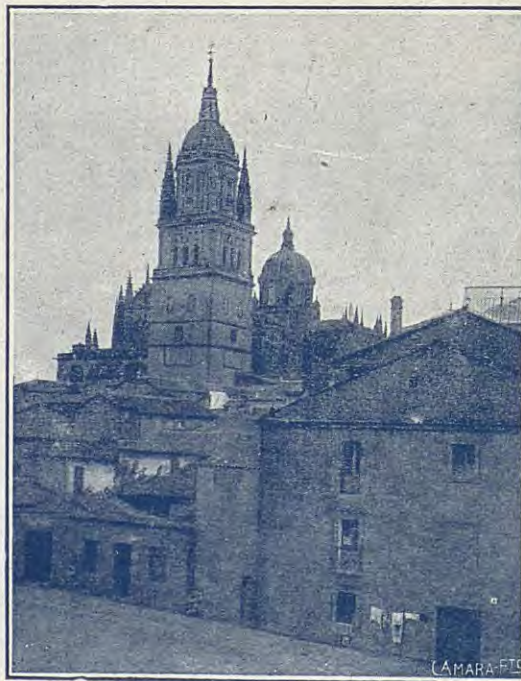


La Puerta del Río y el barrio de las Tenerías, de Salamanca

FOTS. OLIVÁN

mes, y un furioso temporal se llevó un ojo del puente romano. Se habla en la tragicomedia de un eclipse; un eclipse total fué visible totalmente en Salamanca a fines del siglo XV. Hay más: habla el bachiller Rojas de la llegada a la ciudad de un alto personaje, embajador de Francia, y, en efecto, un emisario de la nación vecina visitó en Salamanca al príncipe D. Juan. Estas curiosas referencias que me ha hecho verbalmente el Sr. Maldonado son ciertamente, como ves, de la mayor importancia para fijar con bastante exactitud el escenario de *La Celestina*.

¿Bastan estos detalles, limpios como te los doy de toda cita indigesta y farragosa, para reforzar tu hipótesis de que Salamanca pudo ser muy bien el escenario de los amores trágicos de la palomita ingenua de los ojos verdes y el galán impetuoso? Yo creo que sí, querido Díez-Canedo. Mas ¿y el torreón de Melibea, y las tapias del jardín, y los condenados navíos sobre todo? No, no me preguntes más. Ni en Salamanca se topa uno con las tapias de los cipreses, ni en Verona se topa uno tampoco con el jardín azul de Julieta. Una vivienda, cuyos bajos están destinados hoy a establos ó cuadras, dicen en Verona que fué el palacio de la novia de Romeo.



Calle de las Mazas (antes del Arcediano), de Salamanca. Al fondo, las torres de la catedral

En Salamanca hubo muchos torreones, y de cualquiera de ellos pudo caerse el protagonista.

Yo no sé la fuerza que en achaques de erudición puedan tener ciertas conjeturas; pero es más que posible, probable, que Fernando de Rojas, el bachiller judío de la Puebla de Montalbán, estudiase en Salamanca. Es muy verosímil también la sospecha de que el bachiller escribiese su tragicomedia en la plenitud de sus lecciones, glosas y tareas estudiantiles. Las citas constantes, eternas, fastidiosas, de autores griegos y latinos, revelan esa incontinencia moza del que no sabe disimular su condición; incontinencia que, dicho sea de paso, aquí se ha pegado a los viejos, y que no sabe descargarse de todo el peso libresco; incontinencia tan en moda en el siglo XV en los bulliciosos patios salmantenses, y en el siglo XX en las academias de la Villa y Corte del oso y del madroño.

Salamanca, Salamanca—no lo dudes ya, aunque tu discreción te haya inclinado a sospecharlo—es el escenario españolísimo de los castizos y trágicos amantes. Aparte de que concierta perfectamente con nuestra hipótesis una tradición de mozas alegres, de viejas zurcidoras, de brujas, de terceras, de clérigos, de rufianes, de escolares con el ambiente salmantino. Hasta esos conjuros y hechicerías de que se vale Celestina para cazar incautos, hechicerías y conjuros que tanto han asustado al Sr. Cejador—los perfumes, estoraques, menjurjes, mosquetes, polvillos, algalias, almizcles—, son eminentemente salmantinos. Como son salmantinas las cuevas de San Cebrián ó de San Cipriano, y aquellas diabólicas ciencias de la geomancia, pirromancia, aeromancia, hidromancia y negromancia, practicadas por aquel gran estudiante truhán que se llamó el marqués de Villena. Como son salmantinas, tres siglos después, más que mediado el XVIII, las faras, adivinaciones y predicciones astrológicas de aquel estupendo aventurero—que así entendía de rejonear toros como de urdir silogismos, de ganar cátedras como de confeccionar aguas milagrosas—de D. Diego de Torres y Villarroel.

Yo no sé si saldrá por ahí algún erudito que nos descubra los planos de la casa de Celestina, del torreón de Melibea, con la medida exacta de la veta de la Magdalena—un angelote que tornamos a ver en *El Lazarillo del Tormes*—. Hasta ese día, la tradición salmantina viene como anillo al dedo para robustecer tu opinión.

Te quiere y te admira tu afectísimo amigo y compañero,

José SÁNCHEZ ROJAS

Salamanca, Enero 1918.

Postdata.—«Se goza Melibea con la visión de los navíos.» Cuando ya está compuesta esta carta, pienso en algo, querido Canedo, que no quiero callar. ¿Es un modo irónico de contarnos el bachiller que la dulce Melibea es flaca de condición? ¿No conoces la tradición del Lunes de aguas? El miércoles de Ceniza salían las ramerías de la ciudad al otro lado del río; el Tormes se poblaba de barcasas. Y tornaban a Salamanca, allá a las mancebas de la calle del Arcediano, propiedad del Cabildo, el lunes de aguas, es decir, ocho días después del de Resurrección. Los escolares acompañaban a las mozas en barcasas adornadas con ramaje. Se consagraban fiestas a Venus y a Baco, y la tradición persiste hoy, holgando los estudiantes, y marchando al campo a comer el *hornazo* de Pascuas. ¿No serían aquellos navíos estas mismas barcasas? Porque la tradición se conoce desde mediados del siglo XV. La sospecha no es, al menos, descabellada, porque, concertando los demás pormenores, como has visto, bien puede concertar también esta conjetura.

Y nada más.



PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA - MUNDO GRÁFICO - NUEVO MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

LA ESFERA

Madrid y provincias.....	{ Un año	30 pesetas
	{ Seis meses.....	18 »
Extranjero.....	{ Un año	50 »
	{ Seis meses.....	30 »
Portugal.....	{ Un año	35 »
	{ Seis meses.....	20 »

MUNDO GRÁFICO

Madrid y provincias.....	{ Un año	15 pesetas
	{ Seis meses.....	8 »
Extranjero.....	{ Un año	25 »
	{ Seis meses.....	15 »
Portugal.....	{ Un año	18 »
	{ Seis meses.....	10 »

NUEVO MUNDO

Madrid y provincias.....	{ Un año	19 pesetas
	{ Seis meses.....	10 »
Extranjero.....	{ Un año	30 »
	{ Seis meses.....	16 »
Portugal.....	{ Un año	22 »
	{ Seis meses.....	12 »

Hermosilla, 57.-MADRID

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

40 céntimos número en toda España

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar. — Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero. — Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

REMEDIO ANTISEPTICO

de incomparable eficacia
SON LAS

PASTILLAS VALDA

QUE
EVITAN Y CURAN

la Tos, los Resfriados
Afecciones de la Garganta recientes ó inveteradas
Bronquitis agudas ó crónicas, Catarros,
Grippe, Trancazo, Asma, etc.

PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO
de no **EMPLEAR** más que
LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

PEDIRLAS, EXIGIRLAS

en todas las Farmacias
en **CAJAS** de Plas. 1.50

CON EL NOMBRE

VALDA en la tapa

AGENTES GENERALES; Vicente FERRER y C^a
BARCELONA

Fórmula:
Menthol... 0.002
Eucaliptol... 0.0005
Azúcar-Goma.

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

**TAMAR
INDIEN
GRILLON**

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

De **JOSÉ TORAL** PARA EL DESCANSO, poesías
LA CADENA, interesantísima novela
Edición de **RENACIMIENTO**
A 3,50 Y 4 PESETAS EN TODAS LAS LIBRERÍAS

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1917

A **4 pesetas** juego para un semestre

Se venden en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
MADRID

Para envíos a provincias añádanse 0,40 para franco y certificado

TINTAS

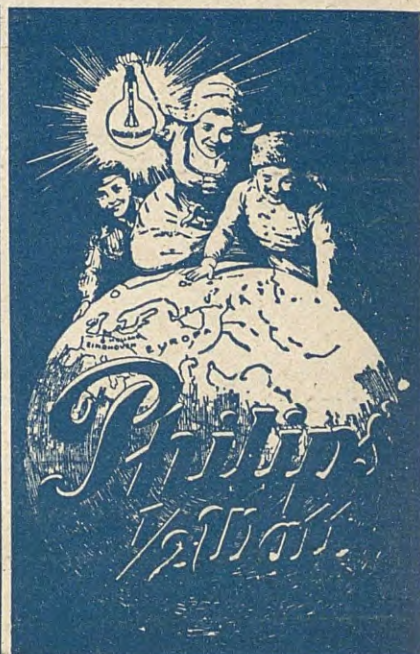
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21



LAMPARAS PHILIPS

ARGA 25 bujías, 3,25 pesetas.
32 " 3,50 "

MEDIO WATIO 50 bujías, 5,75 pesetas.
100 " 9,00 "

Economía 50 por 100 Luz blanquísima

Depositorio:

GUILLERMO STON

Goya, 49 MADRID



No ganará V. jugando a ciegas

ni curará su estreñimiento con
purgantes que irritan el intestino.

LAXEN BUSTO

es un laxante suave y eficaz
que no causa molestia alguna.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS